

RECENSIONES

G. MARTELET, S. J., *Les idées maitresses de Vatican II. Introduction à l'esprit du Concile*. Desclée de Br., 1966, 277 pp.

Podría pensarse que se trata de un libro más, dentro de la ya amplia literatura en torno a la doctrina del Concilio Vaticano II. Es un libro más, pero con una fisonomía particular, con ciertos rasgos personales. No es propiamente un comentario doctrinal, sino un intento de captar y exponer las ideas maestras, basilares, fundamentales del Vaticano II, las que condensan y expresan su verdadero espíritu, como introducción precisamente al conocimiento de esta realidad profunda y vivificante del mismo.

La obra está animada por un claro propósito de hacer vivas en la Iglesia las enseñanzas conciliares; un intento de que no quede su labor reducida a un esfuerzo estéril; antes por el contrario, que el *aggornamento* llevado a cabo de raíz en la gran Asamblea de los 2.300 obispos sea en efecto un bien positivo para la Iglesia. Esto depende en su mayor parte: del espíritu. De ahí el valor que tendrá conocer este espíritu conciliar y difundirlo.

Las ideas maestras, como resumen del espíritu del Concilio, pueden reducirse a tres: feliz renovación de las fuentes; una fusión sublime de elementos y tendencias dispares, y un rejuvenecimiento espiritual de los signos. La renovación de las fuentes es una condición de la vida, que debe apoyarse en los sólidos fundamentos de la fe: la Biblia, la doctrina de la Tradición, la enseñanza del Magisterio. Esta renovación la ha hecho el Concilio con espíritu, con vida, sabiendo unir —y esta es otra de sus ideas maestras— puntos de vista aparentemente contradictorios, reduciéndolos a una síntesis, que constituye el organismo doctrinal y pastoral para la Iglesia y para el católico de hoy. La plena eficacia de la labor conciliar no puede esperarse solamente de aquí; era preciso llegar también a la renovación de lo que el cristiano vive, toca, palpa a diario: los signos eclesiales.

A cada una de estas tres ideas dedica el autor una parte de su libro. Quisiéramos hacer un resumen y un comentario, aunque breve, a su contenido; pero, no podemos rebasar los límites de esta reseña. He de poner, con todo, de relieve una idea maestra que el autor sitúa como punto de convergencia, idea clave en toda la exposición doctrinal del Concilio Vaticano II y centro de sus miradas y tendencias: el misterio de Cristo. Cristo es el punto central del contenido de las fuentes; Cristo aparece como el centro de unión de las tendencias dispares; y Cristo y su misterio es el que da vida y comunica su espíritu a los signos; a la libertad religiosa, a la relación del hombre con el mundo que le rodea... porque es el recapitulador de todo. ¿Y María? Es la figura ausente en este ensayo.

El autor, presente en las sesiones del Vaticano II, llamado por el obispo de Fort-Archambaut (Tchad) ha vivido sus alternativas, ha pulsado el espíritu que nos transmite en este ensayo; pero, el espíritu del Concilio es más universal, y rebasa las cortas páginas de una pequeña obra como esta. Con todo, aquí tenemos delineadas sus ideas maestras.

E. Llamas

M. NICOLAU, S. J., *Escritura y Revelación según el Concilio*. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1967, 228 pp.

Hasta que llegue el anunciado comentario de la BAC sobre el Decreto *Dei Verbum* disponemos del de Anastasio Granados *La "palabra de Dios" en el Concilio Vaticano II* y el que ahora presentamos del P. Nicolau.

El Decreto *Dei Verbum* sobre la divina revelación es uno de los mejor logrados del Vaticano II. De él podemos afirmar que de la discusión salió la luz. Porque sin duda fue el más larga y vivamente discutido. Es un Decreto luminoso. Por un camino largo y lleno de discusiones, serenas o acaloradas, se llegó a la meta iluminada de una síntesis preciosa sobre la divina y amorosa manifestación de Dios a los hombres.

El comentario del P. Nicolau no es estrictamente científico, sino divulgador. Trata de poner al alcance de todo el público culto en general las enseñanzas conciliares relativas a este Decreto. Dentro de esta finalidad concreta va discurrendo el comentario, pleno de doctrina teológica. Párrafo a párrafo va desentrañando las abundantes riquezas del documento conciliar. Al hilo de las palabras conciliares va explicando el contenido doctrinal y modo concreto de la divina revelación, las enseñanzas doctrinales de la misma; el esclarecimiento de las relaciones íntimas entre Sagrada Escritura y Tradición y Magisterio de la Iglesia; la inspiración e interpretación de la Sagrada Escritura; los valores del Antiguo Testamento; la excelencia del Nuevo, especialmente de los Evangelios; convergencia entre palabra de Dios y cuerpo de Cristo; necesidad de beber en la palabra de Dios, fuente pura y perenne de vida espiritual. Aparece destacado el teólogo y el perito del Vaticano II. Dos condiciones indispensables para dar una interpretación sólida y auténtica del documento conciliar.

Se nota un interés acentuado por encuadrar la doctrina del Vaticano II en la línea de la enseñanza eclesiástica y teológica anterior. Sin duda no ha querido prescindir de las estructuras o formulaciones teológicas escolásticas, véase por ejemplo p. 53 de la revelación natural, p. 58 del valor apologético de los milagros, pp. 60-61 descripción de la fe, p. 70 insistencia en la locución propiamente dicha, p. 110 sobre la verdad de la Biblia, p. 165 autores de los evangelios, sino más bien encuadrar en ellas la doctrina conciliar.

Es una manera, justa y acertada, de enfocar los problemas, pero me parece que esto lleva fácilmente a no hacer resaltar las novedades que aporta el Vaticano II, empezando por el lenguaje que contrasta con el pastoral y kerigmático del mismo Concilio. Así no aparecen, entre otras novedades, destacadas la insistencia de que la revelación se hace con palabras y más aún con las gestas de Dios, el valor revelador de los milagros y las obras de Cristo más que su valor apologético, la modificación de la historicidad de los Evangelios a base de las tres etapas en la formación de los mismos, la finalidad esencialmente salvífica de la Biblia, el valor de la experiencia espiritual para la inteligencia de la Biblia, y el reservar el término de revelación para la gratuita y sobrenatural de Dios...

En resumen un comentario orientador, de divulgación, con abundancia de ciencia y teología al que preceden dos importantes capítulos, uno sobre antecedentes de la Constitución en el que se hace la historia previa de la misma y otro sobre su valor doctrinal.

Román Llamas, OCD

A. DEISSLER, *Le livre des Psaumes*. «Verbum Salutis», Ancien Testament, I. Beauchesne, Paris, 1966, 355 pp.

Con este volumen se abre la nueva serie de «Verbum Salutis» dedicada al Antiguo Testamento. El Salterio es como el «espejo del alma del antiguo Israel», y se ha convertido en el libro de oración por excelencia de la Iglesia cristiana, de ahí su permanente actualidad dentro de la piedad del clero. Este comentario tiene por finalidad precisamente hacer accesible este maravilloso libro de oración a los que diariamente están en contacto con la recitación del Salterio, ya que la colección de los Salmos surge sobre todo en el ambiente levítico del templo.

Una somera introducción plantea los problemas generales del origen del Salterio hebraico como expresión del alma israelita que busca el contacto con el Dios de su historia.

El comentario tiene dos partes: una en la que se trata de reflejar la perspectiva paleotestamentaria del salmista en su efusión lírico-afectiva dentro del credo del Antiguo Testamento, y otra, en la que se hacen aplicaciones de textos del Nuevo Testamento dentro de la nueva panorámica evangélica. El texto explicativo es ceñido y con amplia visión de ambos Testamentos.

Fr. M. García Cordero, O. P.

P. GUICHOU, *Los Salmos comentados por la Biblia*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1966, 694 pp.

El título de esta obra puede prestarse a una decepción en el lector, ya que más que un comentario científico del libro de los Salmos a base de la Biblia, es una explanación ascética al estilo de los Padres que más abusaron del sentido acomodaticio. Hoy día en que el nivel científico del lector es más alto resulta contraproducente y hasta infantil pegar textos del A. T. y del N. T. sin más ilación lógica que una simple asociación tangencial de ideas. Con todo, en la solapa de esta edición se da el módulo literario empleado por el autor: «Este comentario busca señalar el valor de oración propio de cada salmo en boca del salmista, del pueblo judío, en la de Cristo que recapitula todo Israel, y finalmente, en nuestros labios cristianos. Quiere ser un comentario en la perspectiva de los textos del Nuevo Testamento, a la manera de los antiguos comentarios patristicos».

Con este criterio de buena voluntad respecto de la ilación de los dos Testamentos, al estilo de los antiguos textos litúrgicos, se yuxtaponen consideraciones espirituales y ascéticas sin preocupación científica por la íntima armonía de los dos Testamentos, ya que prevalece la adaptación del sentido acomodaticio como en los tratados ascéticos medievales. Por ello el título de este libro no nos parece afortunado, ya que no es la Biblia la que comenta los Salmos, sino la preocupación de sentido acomodaticio del autor, que algunas veces degenera en exégesis cabalística.

Fr. M. García Cordero, O. P.

J. JOMIER, *La vida del Mesías*. Ed. Estela, Barcelona, 1966, 238 pp.

El autor de esta nueva «Vida de Jesús» es en realidad un calificado islamólogo, preocupado en presentar de modo accesible a las gentes que viven en un ambiente no cristiano la figura señera del Fundador del Cristianismo, a base de un esquema sencillo y sintético sacado de los mismos Evangelios. Prescindiendo de los relatos sobre la infancia de Jesús tal como nos los presentan Mateo y Lucas, el autor centra su atención en la manifestación del artesano de Galilea como continuador y superador del mensaje del Bautista. Partiendo del «sermón de la montaña» va concretando ciertas constantes del mensaje evangélico manifestado en toda su sencillez y grandeza espiritual. Nada de disquisiciones farragosas, sino exposición trasparente y serena sin pretensiones de erudición ni de originalidad. El autor mismo se sitúa en la perspectiva del «creyente que busca ante todo los valores humanos y religiosos contenidos en el mensaje de Jesús... intentando exponer lo que un cristiano ve en los Evangelios cuando los lee, y decir bajo qué rasgos aparece Jesús a sus ojos... así estas páginas son a la vez un estudio y un testimonio» (p. 10).

En un apéndice señala una serie de indicaciones para valorar las fuentes evangélicas en las que se basa la historia de Jesús de Nazaret. Todo ello en plan de iniciación para gentes que por primera vez se asoman al magno interrogante de la presencia de Jesús en la historia. Como estas páginas van dedicadas sobre todo a gentes que viven en el mundo islámico, destaca sobre todo el ideal del monoteísmo judío profundizado en el mensaje cristiano, dando de lado a la revelación del misterio de Jesús como Dios. Bajo esta perspectiva Jesús aparece como un hito crucial del pensamiento religioso de la huma-

nidad en su dimensión profética reveladora del misterio del Dios Padre que llama particularmente a los pecadores.

Esta simple exposición refleja el aspecto parcial con que el autor enfoca el problema de Jesús, condicionado por un ambiente cerrado a las revelaciones de un Dios encarnado.

Fr. M. García Cordero, O. P.

P. LAMARCHE, *Christ Vivant. Essai sur la Christologie du Nouveau Testament*. Editions du Cerf, Paris, 1966, 181 pp.

El subtítulo de esta obra nos da el sentido preciso de su contenido, ya que en estas páginas se aborda el misterio de la divinidad de Jesús como centro de su persona y mensaje. Esta «Cristología», pues difiere totalmente de la obra paralela de O. Cullman, la cual gira en torno a Jesús como Profeta, Mesías e Hijo del hombre.

Partiendo del hecho de que no puede haber una ruptura sustancial entre el Cristo de la historia y el de la fe, el autor estudia primero la versión que los escritos apostólicos nos dan de Jesús ya glorificado, y las afirmaciones históricas del mismo Jesús. El Cristo del «kerygma» es sustancialmente el Cristo histórico si bien visto desde el ángulo ya de su glorificación después de la resurrección. Y el punto de enlace entre la perspectiva evangélica y la de las Epístolas es justamente la predicación de los Apóstoles tal como aparece en el libro de los Hechos. El mismo nombre de «Evangelio» no evoca una biografía propiamente tal, sino el anuncio de un mensaje libertador, basado en el hecho de la resurrección de Jesús de Nazaret. En esto convienen los mensajes de Pedro y de Pablo (Act. 13, 32). Así, en la elección de Matías se exige como condición no sólo que haya sido testigo de su resurrección, sino de la vida apostólica de Jesús a partir de su bautismo (Act. 1, 21-22). De este modo los Apóstoles no disocian al Cristo glorioso del Jesús de la historia. Cristo para ellos no pertenece sólo al pasado, sino que continúa viviendo al lado del Padre.

En estas páginas se examina primero el discurso de Pedro en Act. 2, 32-36 para hacer ver cómo el Jesús de Nazaret glorificado se convierte en «Salvador», participando de la fuerza de Dios Padre, como «juez de vivos y muertos» (Act. 10, 42; 17, 31). Es el «santo» que en expresión de Esteban está a la «derecha de Dios», lo que resulta blasfemo para los judíos. De este modo se van preparando las fórmulas en las que se declara la divinidad de Jesús de modo manifiesto en las Epístolas donde se destaca su *Kenosis* y glorificación.

En una última parte se estudian las afirmaciones de Jesús ante el Sanhedrín en su proyección mesiánica, pero dando a entender su carácter suprahumano y trascendente. La exposición es objetiva, clara y trasparente, cualidades que no suelen tener las «Teologías del N. T.» ahora tan en boga.

Fr. M. García Cordero, O. P.

JOSE GOMEZ CAFFARENA, S. I., *Hacia el verdadero Cristianismo*. Edit. Razón y Fe, Madrid, 1966, 375 pp.

El autor quiere prevenir las crisis de fe (p. 9), exponiendo en visión sintética y compendiada en qué consiste el verdadero Cristianismo. Para ello publica los cursos de religión tenidos en el I. C. A. I. de Madrid. «Mucho, o aun casi todo de lo que diga, podrá ser conocido. Pero la mayoría de las veces en dispersión. Es menester llevarlo a un polo de unidad, desde el que reciba un sentido armónico y coherente. Así los elementos que no decían nada o muy poco, podrán ser integrados vitalmente; cambiará el rostro de bastantes dogmas, aparecerá más cálida y estimulante la exigencia moral» (p. 11). El escaso tiempo concedido al curso de Religión universitario puede justificar muy bien este intento de visión sintética en torno a un núcleo. El autor quiere ir a las fuentes del Cristianismo y busca en ellas la esencia de él. Nos agrada el que comience por un estudio histórico y literario del Nuevo Testamento, partiendo de los Actos; pero este estudio parecerá breve,

muy breve, como reconoce el mismo autor (p. 46). No se nos hace muy clara su mente sobre lo que llama periodo cristiano *constituyente* (de los libros sagrados), hasta el año 100, admitiendo palabras evangélicas «que vienen de la Comunidad que relata hechos de Jesús» (pp. 45-46); ni sé si todos podrán entenderlo rectamente.

Piensa que es mejor psicológicamente que preceda la reflexión teológica sobre el contenido de la fe, a la reflexión sobre la misma fe (p. 45), y fácilmente estaremos de acuerdo con ello. Con razón cree más psicológico con la mentalidad del público a quien se dirige, comenzar por el amor como exigencia moral del Cristianismo (c. II) y este amor exige previamente «creer» en él. Hay que luchar cada día por el amor (c. III). Esto presupuesto, se ocupa del dogma fundamental del Cristianismo (Dios Padre, Dios amor; fe en Dios; c. IV); después la redención por Jesucristo (c. V), su filiación divina (c. VI-VII). De ahí pasa a estudiar nuestra elevación a la filiación adoptiva y la realidad de la gracia (c. VIII), el plan salvador de Dios en Cristo y en su Iglesia (c. IX, X), María en el misterio de Cristo (c. XI). Dado el poco espacio que se dedica a algunas cuestiones y la complejidad de los asuntos, como v. gr., el de la necesidad de pertenecer a la Iglesia, dudo si captarán todos rectamente lo que el autor propone, en cuestiones que necesitan matizaciones, tratadas —a mi juicio en ocasiones— con generalizaciones e imprecisiones. Por ejemplo, el deseo del bautismo que basta para salvarse, no es el mero deseo, sino el *acto de caridad* que incluye este deseo implícito (p. 287). Muy vago nos parece todo lo que dice sobre la «fe germinal, crepuscular» y el amor basado en ella (p. 288).

No creo que sean «hombres de los más conscientes y actuales, los que entre nosotros dejan la fe» (p. 8). Porque ¿qué grado de conciencia y actualidad puede atribuirse a éstos que —como dice el autor— les habrá influido «el no tener una idea muy clara de en qué consistía la fe» (ibid.)? Tampoco seríamos tan fáciles, como el autor lo es, en permitir la opinión de que la frecuente posesión diabólica, de la cual hablan los evangelios, sean sólo manera de describir enfermedades que hoy podemos diagnosticar fácilmente (p. 40). Sobre el carácter histórico, y en qué medida, de los discursos del evangelio de Jn. habría mucho más que decir y es materia más discutida de lo que deja suponer el autor (p. 42-43).

Llamarán la atención la actitud abierta respecto a Lutero (p. 67), Kant (p. 74), combinada con acusaciones a los católicos (p. 66). Chocará la opinión de que «es pecado grave aquel que adopta *plenamente* la actitud egoísta» (p. 89), y no tanto lo hace depender de la gravedad objetiva de la materia (además del acto plenamente humano). También que no se quiera urgir la expresión de justificación vindicativa (p. 92) (que es una exigencia de la santidad de Dios). Sobre el infierno, comprendemos el deseo del autor de vaciarlo de hombres; pero, ¿no dice *formalmente* el evangelio que algunos *ángeles*, si no hombres, están en el infierno? (p. 94).

Es fácil en admitir, sin argumentos suficientes, a mi entender, la posibilidad de hombres inteligentes, y no responsables, antes de Adán (p. 259); y en permitir la opinión de que Adán no llegó a tener la gracia antes del pecado (p. 261); cf. Denzinger 788 y la opinión más genetal de los teólogos.

Causa extrañeza que, a veces, fundándose en vaguedades e imprecisiones, no se desaproveche la ocasión para «pegar» a la Teología «tradicional». Tal vez lo haga el autor para acomodarse a la mentalidad contemporánea de un cierto público. Pero hubiéramos preferido cierta serenidad, que tiene cuenta de los condicionamientos históricos del pasado y aquella sobreabundancia de amor que sabe entender y disculpar, si es que realmente son tales, las deficiencias de los demás, sobre todo de sus antepasados. Precisamente el libro se cierra con unos bellos capítulos sobre el amor (c. XIII) y amor en esperanza (c. XIV) que quieren subrayar el punto central del Cristianismo. Ojalá que muchos así lo vean, y que este libro, escrito con nervio y con brío (que se nos ha hecho simpático) consiga llevar a no pocos a la inteligencia y a la práctica del «verdadero cristianismo».

M. Nicolau

JACQUES DURANDEAUX, *Question vivante à un Dieu mort. Y a-t-il un problème de Dieu?* Col. Presence Chrétienne. Desclée de Br., Paris, 1967, 159 pp.

El autor responde afirmativamente en las páginas de este libro a la pregunta, puesta como subtítulo; y explica el por qué y da razón de los elementos que integran su respuesta. Dios se ha hecho cuestión en el sentido más estricto de este término; aunque sería más exacto decir, que es el hombre quien ha convertido en cuestión la realidad suprema: Dios. Pero, el hecho, con razón o sin ella, es incuestionable. Han quedado atrás los postulados del materialismo y del racionalismo; la actitud de los investigadores de nuestros días, que en el fondo de la vivencia religiosa, con etiqueta verde, quieren situarse a la altura de una teología de la muerte de Dios y se profesan teólogos ateos. Es la nueva moda, más absurda que las anteriores, la moda de la *contradictio in terminis*, la del nuevo procedimiento, que intenta abrir un camino, por el que puedan marchar de la mano el filósofo y el creyente.

El librito de D. responde a unas exigencias del ambiente, integrado por elementos muy eterogeneos. No expone ni estudia detenidamente los postulados de la nueva teología, que considera la noción tradicional de Dios envuelta y recubierta de mitos y conceptualismos desfasados, cuyo representante más actualizado es J. Robinson. Pero, expone y se refiere a algunas de sus afirmaciones capitales, orientando el diálogo entre el filósofo y el creyente, hoy ineludible. Punto de divergencia en su actitud es la función de la idea y de la imagen, en cuanto a reflejar y contener la realidad; el valor del concepto, como su expresión y verificación objetiva.

Ciertamente no es lícito hacer depender la realidad del revestimiento conceptual, o de los límites de los conceptos; pero, tampoco lo es relativizar la verdad y hacerla depender de su simple expresión, o formulación. La filosofía puede interrogar a la fe, y esta pedir razones a la filosofía; pero, por encima de todo hay que mantener las realidades objetivas e inalterables y la verdad de la realidad suprema, Dios, que no puede ser relativizado por el concepto.

Durandeaux reflexiona sobre estos problemas, con la noble intención de mantener un diálogo abierto en torno a ciertos puntos de convergencia. Pero, este diálogo no será fructífero si la realidad y la verdad claudican ante su obscuridad, e incluso ante la impugnación. Sus derechos son sagrados y deben ser defendidos con firmeza, y expuestos con espíritu y comprensión. Este ensayo responde también a otra preocupación grave del momento: cómo plantear el problema de Dios, para responder a él con autenticidad. A pesar de las tentativas de Marx y Freud el problema de Dios sigue inalterable y rebasa los límites de un planteamiento meramente racionalista.

E. Llamas

F. GOGARTEN, *Jesus Christus Wende der Welt*. J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1966, 255 pp.

El misterio insondable de Jesús sigue cautivando la mirada de los teólogos, en todos los ángulos de la cristiandad. A pesar de todas las investigaciones, su vida, su actuación, su significación en la historia, siguen siendo misterio y problema, cuya consideración no deja nunca plenamente satisfecha la inteligencia humana. Una vez será la cuestión de su historicidad y su alcance; otra la influencia del primitivo kerigma en el diseño de su figura humana y sobrenatural; otra la vivencia de la fe, como explicación de su misma realidad. La postura de pensadores recientes y actuales ha agudizado el interés de estas cuestiones: R. Bultmann, J. Robinson, P. Althaus y otros han intentado trazar nuevos derroteros a la investigación, o profundizar en las líneas diseñadas ya por la crítica protestante de hace unos lustros.

G., desde su terreno, se suma a estas investigaciones, dándonos una sólida interpretación, y buscando también la solución más adecuada a esos graves problemas que la cristología científica, y en particular la cristología bíblica tiene planteados en la actualidad.

Su estudio desemboca no sólo en la resolución de las cuestiones particulares, sino también en el problema de la metodología cristológica.

La obra se abre con unas reflexiones sobre la cristología en la teología de la antigua Iglesia y la cristología de Lutero. Estudio comparativo, excesivamente breve, pero que deja delineadas las clásicas cuestiones estudiadas por Lutero acerca del misterio de la *Incarñatio* de la Palabra del Padre. Siguen los temas sobre el Jesús histórico, las cuestiones sobre los fundamentos de la doctrina kerigmática sobre Jesús, para desembocar en el tema general de la cristología, y en el estudio de la cristología neotestamentaria, cuyo fundamento histórico intenta desentrañar. No podía faltar un análisis de la fe, estudiada en el kerigma primitivo. La fe supone la predicación. La predicación de Jesús, y el influjo ejercido en el mundo sugiere también serias cuestiones al teólogo y al investigador, desde el punto de vista histórico. Tema obligado es también el que nos ofrece la reflexión sobre Jesús y la historia, en su más amplio sentido. Este sentido histórico sitúa a Jesús en una condición especial con relación al mundo. G. estudia su ser en el mundo y su unidad con Dios. Finalmente, hace unas reflexiones sobre la fe en Jesús y su señorío sobre el mundo. Cierran la obra: un índice de temas, un índice de citas bíblicas y un índice de nombres.

La seriedad con que G. lleva su exposición es un mérito de este libro. La interpretación católica mantiene sus reservas acerca de algunos principios y conclusiones, aquí propuestos; pero, no cabe duda que este mutuo diálogo contribuye a su esclarecimiento y resolución.

A. Martínez

A. MARTINELLI, O. F. M., *Maria nella Bibbia. Note critiche e dilucidazioni*. Ed. Marianum, Roma, 1966, 110 pp.

Los recientes estudios sobre la presencia de María en las páginas de la Sagrada Escritura, y la significación y alcance de las expresiones bíblicas han dado lugar a interpretaciones distintas; de manera particular en lo que se refiere al sentido del hecho de la Anunciación, y a la presencia de María en el Calvario, junto a la Cruz de Jesús. Los temas ofrecen máximo interés, máxime habiéndolos recogido y citado con honor el Concilio Vaticano II, que ve en ellos la expresión bíblica de la asociación salvífica de María con Cristo.

A. Martinelli se hace cargo en estas páginas de la multitud de estudios publicados sobre el particular y también de las diversas interpretaciones. De ahí su intento de hacer una crítica de algunas posturas menos conformes con el sentir más común de los teólogos y con el sentido mismo de los textos, ofreciéndonos un esclarecimiento de esos pasajes fundamentales. De manera particular, el A. enjuicia la postura del P. O. de Spinetti, que en su obra *Maria nella Bibbia* (1964) (Cf. «Salmanticensis», 1966, p. 197), hizo una exposición de esos pasajes. Martinelli se fija particularmente en el significado y el contenido del suceso de la Anunciación.

Spinetti se sitúa en una panorámica demasiado humanizada. Considera ahí a María en todo semejante a nosotros. Su fe, que juega un papel importantísimo, viene a ser para él idéntica a la de los demás hombres viadores. Las consecuencias de esta interpretación se hacen adivinar sin esfuerzo. En realidad, este juicio es excesivamente minimista; ello ha preocupado al A., que expone largamente la teoría, y la refuta, como falta de conformidad con el sentir común de los mariólogos y contraria también al mismo texto bíblico, interpretado en su contexto y en el cuadro armónico de la historia de la salvación.

La exposición de Martinelli tiene un valor, a parte de su crítica, que no sería justo pasar por alto: un valor expositivo, interpretativo del texto y del suceso bíblico. En ella nos describe con solidez y amplitud la experiencia religiosa, interna, espiritual de María en el momento de la Anunciación. Estas páginas, para nuestro gusto, ofrecen un gran interés desde el punto de vista doctrinal. En ellas se nos dibuja auténticamente la figura

espiritual de María, en ese momento clave de toda su vida, porque fue el momento histórico que marcó la línea de su existencia.

E. Llamas

BERTRAND DE MARGERIE, *Le Coeur de Marie, Coeur de l'Eglise*. Col. «Vie spirituelle et vie intérieure». Edit. P. Lethielleux, Paris, 1967, 88 pp.

Bella y sugerente es la exposición que B. de Margerie hace del misterio de María, centrada en la consideración de su corazón; porque esa es la síntesis del contenido de esta obra. Su razón está en la actitud del Concilio Vaticano II, que delineando los rasgos fundamentales de María, pone de relieve su ejemplaridad y simbolismo para la Iglesia. Este simbolismo y ejemplaridad no puede ser algo meramente extrínseco; encuentra su base en lo más profundo de este misterio, que es una realidad viviente: en el Corazón.

La exposición de B. viene a actualizar y a resumir, de una forma sencilla, muchas ideas que ha expuesto ya profundamente la teología mariana, particularmente a partir de la Consagración que el Papa Pío XII hizo del mundo al Corazón Inmaculado de María. Esa consagración suscitó muchos estudios, que nos han dado a conocer la teología del Corazón de María y su participación activa en la obra de la salvación, por sus actos más puros y espirituales: su amor y su compasión.

El autor se sitúa en una línea tradicional, se declara partidario y continuador, diríamos actualizador, de la doctrina mariana de Scheeben, que traduce en teología cordimariana. Al mismo tiempo, abre unas amplias perspectivas ecuménicas y pastorales. Recoge y comenta la doctrina de ciertos pensadores ruso-ortodoxos y en particular, muchas ideas de San Juan Damasceno. Es una bella exposición que actualiza algunas ideas del Vaticano II, de una manera armoniosa, acomodada al gusto de nuestro tiempo.

B. toma partido muy pronto en la cuestión debatida sobre el sentido y el significado de la expresión: Corazón de María (p. 15). Lo entiende por el corazón de carne de la Virgen María, como símbolo, expresión y asiento del doble amor, espiritual y sensible, para con Dios y para con los hombres. El tema es atrayente. B. se recrea en exponer el contenido de esta realidad y símbolo a la vez, explicando su rico contenido: Corazón inmaculado, Corazón virginal, Corazón nupcial, Corazón compaciente y corredentor, Corazón de María, Madre del Redentor, etc. La realidad profunda que da el máximo valor a estas páginas es la afirmación, según la cual: el Corazón de María es el Corazón de la Iglesia. Es el tema fundamental de la parte segunda de este librito.

B. estudia esta realidad ante todo en el dogma, después en el culto mariano, basándose en los datos inagotables de la Biblia y de los escritores de la tradición patristica, a la luz de las orientaciones del Magisterio, que se condensa muchas veces en expresiones de carácter litúrgico. El autor avanza en su exposición, proponiendo diversas cuestiones teológicas, cargadas de una gran virtualidad pastoral, para llegar a la conclusión de que el Corazón de María es el miembro eminente y el Corazón del Cuerpo Místico de Cristo.

Nos parece oportunísima esta orientación, máxime en nuestros días en que tantos que parecen ignorar y subestimar estas realidades, hacen de menos a la espiritualidad mariana y a la pastoral del misterio de María. La publicación de B. está plenamente dentro de la línea conciliar y de las orientaciones de Paulo VI.

E. Llamas

ETUDES MARIALES, *Recherches sur l'intercession de Marie*; I. *Fondements et premiers developpements*. P. Lethielleux, Paris, 1967, 105 pp.

Recoge este volumen las ponencias leídas en la asamblea de la S. F. E. M., celebrada en Lyon-Ars, los días 12, 13 y 14 de set. de 1967, en torno a la intercesión de María, relacionada con la intercesión-mediación universal de Cristo, y sin olvidar tampoco la relación a la Iglesia. Dicha asamblea tuvo en ese año un matiz especial: se celebró como homenaje de reconocida gratitud a Mgr. Jouassard, cofundador de la S. F. E. M. en 1934,

y presidente efectivo de la misma 1949-1962, y después presidente honorario. De ahí el lugar escogido para su celebración: Lyon, de cuya Facultad teológica Mgr. J. fue durante varios años decano.

Como los restantes volúmenes de *Etudes Mariales*, monográficos, este presenta unas características uniformes. Sus estudios representan una seria investigación en el campo de la mariología, llevada con lógica y con una recta metodología, y fundamentada en el análisis de una multitud de documentos.

Abre la serie de estudios el del P. M. J. Nicolás, O. P., como introducción a una teología de la intercesión de María. Lo es en realidad, aunque no agota el planteamiento de los problemas. Pero, detalla con precisión el tema a estudiar, lo centra en el problema de la intercesión de los santos, y lo relaciona con la intercesión de Cristo y de la Iglesia. Lo define con precisión teológica, y apunta a sus fundamentos. En última instancia, determina que se trata de la intercesión actual, ejercida por María en el cielo, tema más concreto que el de su mediación, como Madre espiritual, o como segunda Eva.

Siguen los estudios positivos: fundamentos escriturísticos de la intercesión de María (A. George); sobre los orígenes de la plegaria de intercesión de María (M. Jourjon); la intercesión de María según los autores orientales desde el siglo VI al X (A. Wenger); la intercesión de María en los comienzos de la Edad media occidental (H. Barré). A la exposición siguen unas conclusiones precisas, resumen sintético de la labor analítica llevada a cabo por cada ponente. Constatamos en estas conclusiones el juicio favorable para la existencia de una conciencia en la Iglesia, en el oficio de intercesión de María: conciencia universal, según el testimonio de la iglesia bizantina; universal también, por cuanto esa intercesión se extiende a todo el género humano.

El tema de la intercesión de María, tal como aquí se ha orientado, no puede desligarse del culto a la Señora a través de los siglos. La conciencia de la Iglesia es un testimonio devocional y cultural, por las circunstancias en que se manifiesta. En este sentido, la historia del culto en los primeros siglos puede encontrar en estos estudios una prueba fehaciente. Hay que agradecer los esfuerzos que viene realizando la S. F. E. M. en el campo de la investigación mariológica, que aporta la mayor parte de las veces elementos de primera mano.

E. Llamas

PONT. FACULTAS THEOL. O. C. D., *Mysterium Ecclesiae in conscientia sanctorum*. Edizioni del Teresianum, Roma, 1967, 502 pp.

En este libro, escrito en diferentes lenguas, se trata de ver qué han sentido los santos sobre la Iglesia y su misterio. Se comienza con ejemplos del A. y N. T., como de la experiencia sagrada. Así el estudio sobre el oficio doctrinal del sacerdote según se concibe en la teología eclesial del profeta Oseas (Héléwa); y otro trabajo sobre el Reino de Dios en los sinópticos (Barbagli). Con gusto leemos la amplia y documentada exposición del P. V. Capánaga acerca de «la Iglesia en la espiritualidad de San Agustín». Siguen «el misterio de la Iglesia en el Pseudo-Dionisio» (Pera), en Santa Ildegarda de Bingen (Juana de la Cruz), en las santas Brígida, Catalina de Siena y B. Ursula de Parma (Graziano de S. Teresa). Muy detallada se propone la manera como Santa Brígida de Suecia ha visto el rostro de la Iglesia (P. Graziano); interesante cómo vivió este misterio y drama Santa Catalina de Siena (Moretti); también la devoción eclesial de S. Ignacio de Loyola (Iparraguirre), la de S. Teresa de Jesús (Tomás de la Cruz); cómo aparece la Iglesia en S. Juan de la Cruz (J. V. de la Eucaristía) y en Santa M. Magdalena de Pazzi (P. Ermanno), en Santa Teresa del Niño Jesús (C. Gennaro), en Edith Stein (P. Atanagora), y en una joven apóstol irlandesa de nuestros tiempos (1907-1944) Edel Quinn (Castellano). Es un volumen de abundante y sólida lectura, documentado científicamente, que ayuda a comprender el rostro de la Iglesia de hoy a través de las experiencias y formulaciones antiguas, las cuales han ido preparando las vivencias eclesiales, hoy más conscientes con las enseñanzas del Vaticano II.

M. Nicolau

ANDRES BRIEN, *El camino de la fe*. Edic. Marova, Madrid, 1967, 237 pp.

«Este libro no es un tratado; es mas bien un itinerario. No pretende dar una definición de la fe —otras obras más importantes que este libro lo han hecho ya—; quiere mostrar cómo la encuentran los hombres. No tiene, por tanto, sino una ambición; explorar y describir las pistas que permiten llegar al Dios vivo». Así comienza el autor en el prólogo (p. 11). En el libro se recogen ensayos publicados antes, los más en revistas. Con el estilo de ensayos y apoyándose en situaciones concretas, más que en lo teórico, se van estudiando presupuestos e itinerarios de la fe. La fe y la religión no son —se dice— una manera de evadirse del progreso y de las incertidumbres del futuro; la fe da la respuesta a la civilización y cultura humanas y a la pregunta sobre el sentido de la vida, y el anhelo de infinito que alberga el corazón humano. El autor expone la manera cómo aparece con frecuencia el sentido de lo sagrado y religioso. Para la fe —prosigue más adelante— no hay que cerrarse al mundo material del dinero o de la gloria; hay que abrirse, hay que «convertirse» en su corazón; y así se hace «la entrada en la fe»; en la fe en Jesús «Señor y Cristo». Esta es la fe que salva, la fe en la Iglesia, que propone sus dogmas. Se estudian las relaciones entre fe y razón; fe y felicidad; fe y libertad; fe y acción; fe y adultos; fe y colectividad; fe y técnica; fe y hombre moderno. Tales son los temas que se desarrollan en sucesivos artículos escritos al contacto de experiencias de la vida.

M. Nicolau

¿Por qué creemos? *Fundamentación y defensa de la fe en 40 tesis*. Edit. Herder, Barcelona, 1967, 495 pp.

No podrá decirse que la Apologética carezca de actualidad, si se entiende por ella —como la entienden los autores de este libro— la fundamentación refleja y científica de las razones por las cuales la fe, que hemos abrazado, es creíble. En este sentido es siempre actual y responde siempre al interés psicológico del hombre que piensa, conocer las razones del hecho de la revelación. Y, por otra parte, la auténtica fe presupone el conocimiento cierto del hecho de la revelación. Por esto la materia de este libro es plenamente actual. Los numerosos autores de esta obra (son más de 20) se distribuyen las 40 tesis en unas 450 páginas. De ellas, 17 tesis son de orden filosófico, referidas a los preámbulos de la fe; las restantes, que forman la segunda parte del libro, giran en torno de Jesucristo y su Iglesia, comenzando por la historicidad del A. y N. T. (tesis 18-22; pp. 217-266). Es claro que en menos de 450 páginas no puede tratarse exhaustivamente todo el cúmulo de problemas filosóficos, bíblicos y de Teología fundamental que se abordan. Por esto se añade una bibliografía al final, para cada uno de los enunciados o tesis. Estos suelen exponerse conservando las grandes líneas del método escolástico, bajo los epígrafes de a) conceptos; b) divergencia de opiniones; c) prueba; d) resumen. La brevedad y el carácter sintético de las tesis, no obstante su exposición menos concisa, podrá ayudar para establecer en muchos los fundamentos de la creencia.

M. Nicolau

G. SIEGMUND, *Fe en Dios y salud psíquica*. Ed. Razón y Fe, Madrid, 1966.

El universo religioso del hombre ha sido uno de los campos más desatendidos por los psicólogos; baste señalar que entre las 8.542 obras y artículos, reseñados en el index de *Psychological Abstracts* (1956), solamente 33 trataban directamente de religión; pero desde hace unos diez años a esta parte, nos vienen dando la impresión de querer recuperar el tiempo perdido, conscientes hoy del papel que la vivencia religiosa juega en la configuración de la entera personalidad individual.

La obra que presentamos se propone abordar un problema que ha venido preocupando a psicólogos y filósofos desde hace ya muchos años: El de las relaciones concretas entre

la fe en Dios y la salud psíquica. Ya el propio A. se había ocupado del asunto en un trabajo anterior, pero su misma importancia le llevó a repensarlo de nuevo, sirviéndose esta vez —viene a decirnos en un breve prólogo— «de consideraciones históricas, por ofrecer estas una hermosa contribución al esclarecimiento del problema». Volanderamente nos hace desfilar las grandes figuras de Herbert of Cherbury, Hegel, Feuerbach, Nietzsche, Freud, Jung. Particular atención le merece Bergson, cuya distinción entre «salud vital» y «salud personal» la considera de una insospechada fecundidad psicológica.

Es la parte más cuidada y la aportación más valiosa del trabajo, aunque su tendencia a la concisión y al esquema comprometa no pocas veces el rigor, la profundidad y la claridad. Los ejemplos estudiados los encontramos poco significativos, y, desde luego, metodológicamente la presentación está poco cuidada. A pesar de estos reparos, que afectan más bien a la forma que al fondo, la obra la consideramos recomendable para todos aquellos que se preocupan por estos temas psico-somáticos y en general para todos los que tienen que habérselas de un modo u otro con la dirección de almas.

Juan, A. Cabezas

HENRI BARS, *Ruta de la esperanza*. Traduce Josep A. Pombo. Edit. Estela, Barcelona, 1967, 166 pp.

Parca la literatura sobre la esperanza. La causa es posible encontrarla en la aparente facilidad del tema, esperar es natural al hombre, pero la esperanza teológica es de otra especie. H. B. no la arranca de su humildad y en su obrita hace hincapié en la dinámica de la espera, en su proceso y en su complejidad (primera parte). En la segunda parte sigue un rumbo diferente, no sin intentar una respuesta a los problemas planteados en la primera. Parte de la experiencia personal, sumergida aún en preocupaciones humanas, para elevarse hasta Dios, cuyas promesas constituyen el fundamento de la espera virtud. Arrastrados por esta corriente impetuosa de nuestra esperanza en Dios, ampliamos el horizonte de nuestros deseos y esperamos la salvación de todos los hombres por quienes Cristo murió en una cruz. La vida de esperanza es una vida entre signos a los que da valor la oración y la promesa del Padre.

L. Arias

B. NEUNHEUSER, O. S. B., *L'Eucharistie au moyen âge et à l'époque moderne*. Col. «Histoire des dogmes», tom. IV: Sacrements, fascicule 4 b. Edit. Le Cerf, Paris, 1966, 149 pp.

La doctrina eucarística del Oriente durante la Edad Media se estudia a la luz de las liturgias de San Basilio y San Crisóstomo, teniendo presente la herencia del Damasceno y el comentario de Cabasilas. Las particularidades del pan fermentado, comunión bajo las dos especies, epiclesis e identidad del sacrificio de la misa con el de la cruz, se tocan e ilustran brevemente, antes de terminar en el concilio de Ferrara-Florenia. Mayor extensión se concede a la doctrina eucarística de la Iglesia occidental. Se estudian el sentido atribuido al «recuerdo» y sacrificio del Señor en los distintos comentarios litúrgicos y las controversias sobre la cena (Rabano Mauro) y la agitación en torno a Berengario de Tours. Sobre todo entra en consideración la manera cómo comenzó y se desarrolló la doctrina de la Escolástica acerca de la Eucaristía y en concreto sobre la transubstanciación. Se estudia asimismo la doctrina de Ockham y la herejía de Wicleff, así como lo concerniente a la comunión bajo una sola especie. Las controversias con ocasión de los reformadores y del Concilio de Trento, pasando por Cayetano, son objeto de todo un capítulo (V). El último capítulo, que en unas 12 páginas pretende hacer la historia del dogma eucarístico desde Trento hasta nuestros días nos parece extremadamente breve y pobre. El ver en la Eucaristía la representación y la repetición sacramental y mística del sacrificio del Calvario nos parece idea muy aceptable de la teología moderna; pero nos parece equivocado atribuirle principalmente a Casel que, aun a juicio del autor, ha sido bien criticado, no sólo en los detalles, como él mismo dice, pero aun en las líneas

fundamentales de su teoría, no ajena de obscuridades. Respecto a la conclusión del autor (p. 138), estando conformes con él en que el sacrificio sacramental e incruento de la misa es representación objetiva del de la cruz, y (añadimos nosotros) un sacrificio que mira al de la Cruz y dice relación esencial al único sacrificio cruento del Calvario, sin embargo, no es tan evidente ni, por tanto, admitido por todos lo que afirma el autor: que bajo las dos maneras de sacrificio (cruento y representado) no hay numéricamente más que un acto de Cristo, si con ello se quiere expresar identidad *numérica* entre el sacrificio del Calvario y el de la Eucaristía. Las conclusiones, estudiando la convergencia de los teólogos de hoy, se nos ofrecen bastante incompletas en el estudio de los teólogos que deberían aducirse; ni dejan de estar coloreadas por las preferencias subjetivas.

M. Nicolau

J. M. RAMIREZ, O. P., *De episcopatu ut sacramento deque episcoporum collegio*. Salmanticae, San Esteban, 1966, 349 pp.

Si durante las discusiones conciliares se obscurecieron para muchos y se confundieron los términos, sobre todo en lo tocante a la colegialidad episcopal, el libro que ahora nos ocupa ofrece, ya desde el índice preliminar, una gran claridad y precisión de conceptos y una formulación neta de todo el plan de la obra. El docto autor estudia primero la sacramentalidad del episcopado, considerándola en sí misma, en los oficios que comunica la consagración episcopal y en relación con el ejercicio de estos oficios. Con acopio de documentos muestra cómo la potestad de orden es distinta de la de jurisdicción (p. 34 ss.), y por esto creemos que puede seguirse sosteniendo, como decimos en nuestro Comentario *La Iglesia del Concilio* (p. 152) que la *potestad* de jurisdicción viene a los obispos por medio del Romano Pontífice, aunque el *oficio* de enseñar y gobernar les venga por la consagración. Nos parecería más exacto, en lugar de referir a la *Constitución* la opinión probable de la válida consagración episcopal *per saltum* (p. 28), referirla solamente a los *miembros de la Comisión* que elaboraron las contestaciones del esquema de 1953, n. 14. Asimismo pensaríamos que el sacramento *causa ex opere operato* (cf. p. 40) algunos efectos (v. gr. el carácter sacramental y el derecho a las gracias actuales según la finalidad del sacramento) aunque no vienen expresados por las palabras de la forma. Podría decirse, si se quiere, que lo causan *indirectamente*, pero *ex opere operato*, no *ex opere operantis Ecclesiae*, que es la causalidad propia de los sacramentales. Nos parece eficaz la sutil comparación del autor, de la consagración episcopal con la consagración eucarística, haciendo ver lo que se pone *per naturalem concomitantiam* (pp. 41-42); pero creeríamos más conforme con el texto conciliar y Nota explicativa previa, hablar, no de las *potestades* de regir y enseñar, concedidas en la consagración, sino de los *oficios* (*munera*). Por lo demás, el mismo cl. autor en el cap. 3 admite y usa esta manera de hablar. Nos agrada la manera cómo explica la ontológica participación en los oficios sagrados, que se confiere en la consagración episcopal: «involvere quandam capacitatem, aptitudinem, idoneitatem, habilitatem, dispositionem vel exigentiam ad munera praedicta exercenda iuxta propriam indolem...» (pp. 53-54).

La Sección segunda del libro se refiere a la colegialidad episcopal. El ilustre autor se detiene en el hombre y en la existencia de este Colegio, en las condiciones para entrar en él, en su estructura y naturaleza, en su potestad y permanencia, en el uso y ejercicio de esta potestad. Buena parte del libro se extiende en el estudio de la sacramentalidad y colegialidad del episcopado según Santo Tomás (pp. 141-286), pero anteponiendo el estudio de esta sacramentalidad antes del Angélico (pp. 143-195). La comparación copiosa y sutil de los diversos textos del Santo Doctor lleva al autor a la conclusión de la coherencia entre los principios de Santo Tomás y la doctrina del Vaticano II.

M. Nicolau

J. COLSON, *Ministre de Jésus-Christ ou le sacerdoce de l'Évangile. Étude sur la condition sacerdotale des ministres chrétiens dans l'Église primitive*. Ed. Beauchesne et ses fils, Paris, 1966, 391 pp.

El tema que Colson investiga en las páginas de este libro es de importancia y goza hoy de máxima actualidad. En el fondo equivale al problema: sacerdocio y jerarquía, con sus funciones propias, y que hoy se encuentran unidas en una misma persona. La teología sacerdotal y jerárquica del Concilio Tridentino, y la misma del Vaticano II, ha seguido una línea teológica. Pero, ¿históricamente sucedió siempre así? ¿Qué organización y qué misión se dio a estas funciones, y a las personas de ellas adornadas, en la época apostólica y postapostólica?

De los datos neotestamentarios se desprende un hecho fundamental: la existencia de funciones comunitarias, que constituyan una jerarquía rudimentaria y progresiva. Estas funciones en la época apostólica estuvieron dominadas por la condición auténticamente escatológica de la Iglesia. Su diversidad, puede reducirse a un doble grupo: funciones de salvación, que constituyan las funciones específicas del cristianismo, y funciones de gobierno comunitario, paralelas en general a las funciones que encontramos atestigüadas en los medios del judaísmo comunitario. Las funciones de salvación, o específicas, son: doctrinales, de enseñanza, bautismales y culturales. Las de gobierno comunitario tienen la misión de organizar, de dirigir, y de disciplina. El problema está en determinar, quienes son en el Nuevo Testamento las personas que desempeñaban estas funciones.

Por lo que se refiere a las funciones específicas, los ministros aparecen determinados por el mismo Jesucristo. Son los Apóstoles. Pero, por lo que se refiere a las funciones comunitarias, al gobierno, a la beneficencia, a la «diaconía» de las mesas, etc., el problema presenta mayores complicaciones.

C. ha recogido pacientemente infinidad de datos, tanto de la literatura canónica, como de documentos apócrifos y de la literatura judía, para despejar la incógnita de algunos problemas, que presenta la época apostólica. Divide su obra en dos partes: la primera dedicada a estudiar las raíces apostólicas de estas funciones, y la segunda a la persuasión de la Iglesia subapostólica.

Ocupa el primer lugar el estudio del texto de la primera carta de San Pedro, 2, 1-10, sobre la condición sacerdotal del pueblo elegido. Sigue el estudio del templo, en el cristianismo primitivo, íntimamente relacionado con el problema sacerdotal. El capítulo tercero estudia el sacerdocio de Jesucristo, ligado muy estrechamente a la realidad del templo, en sentido bíblico. Este estudio es eminentemente bíblico. Analiza los textos del Evangelio de la Infancia (Lc. I-II), la doctrina del cuarto Evangelio, los textos sacerdotales del Apocalipsis y de la Carta a los Hebreos, habiendo puesto como preliminar un análisis de los documentos judíos. Pasa a estudiar después el sacerdocio en la Iglesia, el problema de las ofrendas espirituales, y el de la jerarquía sacerdotal, según los testimonios bíblicos, más importantes (San Pablo, Hechos, cuarto Evangelio, Apocalipsis, Carta a los Hebreos, y primera Carta de San Pedro).

La parte segunda trata de investigar la persuasión, o conciencia que la Iglesia primitiva tuvo de las funciones sacerdotales y comunitarias. Para esto, C. analiza los testimonios más representativos: Clemente Romano (c. 1), la *Didaché* (c. 2), la carta de «Bar nabé» (c. 3), las Odas de Salomón (c. 4), Hermas y los Pastores (c. 5) e Ignacio de Antioquía (c. 6). Cierra la obra un resumen y balance de los datos adquiridos en la investigación. Del estudio de la primera parte, se puede concluir que dada la mentalidad primitiva de la Iglesia, queda abierta la puerta —y esto parece evidente— a la función sacerdotal de la jerarquía apostólica y cultural, en el seno del pueblo sacerdotal. En cuanto al resultado de la segunda parte, no se puede establecer una conclusión de conjunto, dados los caracteres tan diferentes de cada uno de los testimonios analizados.

Siguen al texto seis tablas, que facilitan el manejo y la consulta: índice de referencias bíblicas, índice de referencias patristicas, referencias a la literatura judaica, índice de autores profanos antiguos, índice de autores e índice de materias.

Las conclusiones parciales que C. deduce del análisis de los documentos son muchas y en su mayor parte definitivas; porque el trabajo está llevado con un rigor crítico digno de toda ponderación. Análisis filológico de los términos, significado gramatical, sentido a través de lugares paralelos y del contexto, etc. Estamos ante un libro de denso contenido, verdadera aportación a los estudios históricos sobre el sacerdocio en la Iglesia católica, y sus funciones específicas.

E. Llamas

MANUEL USEROS, *Amor, sexo y sacramento*. Ed. PP, Madrid, 1967, 260 pp.

Se trata de un libro de la *Colección de Pastoral Aplicada*, que dirige el Instituto de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca.

En su breve prólogo sintetiza el autor, profesor de la U. P. de Salamanca, lo que pretende ser su libro: «...se sitúa entre la catequesis bíblica y el ensayo de divulgación teológica sobre el matrimonio...», y así es, es buena catequesis bíblica y es buena divulgación de la teología del sacramento del matrimonio.

A lo largo de los VII apartados, se ofrece un valioso estudio del matrimonio con robusto fundamento dogmático y con sólidas conclusiones morales, sólidas incluso en cuestiones tan discutidas como las actualmente planteadas sobre la paternidad responsable y el control de la natalidad, sobre las que no pocos están escribiendo con increíble ligereza, dando por cierto lo que aún no es ni sólidamente probable. Por todo esto felicitamos al Dr. Useros.

Lástima que el autor no haya caído en la cuenta del destinatario de su libro al dar la bibliografía. Estamos ciertos de que ha sido una inadvertencia. No se puede recomendar a los simples fieles alguno de los libros que incluye en la página 257, y mucho menos hacer propaganda de la librería donde se vende. Hecha esta salvedad, recomendamos de verdad el libro del Dr. Useros, como muy buen material de pastoral aplicada del matrimonio.

Juan Sánchez

MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., *Nuevos estudios canónicos*. Publicaciones del Seminario de Vitoria, Vitoria, 1966, 809 pp.

La personalidad científica del P. Cabreros no necesita presentación para los cultivadores de la ciencia canónica y de las disciplinas eclesásticas, pero se pone una vez más de manifiesto en la publicación de una obra como la que aquí comentamos. En la misma línea de sus conocidos «Estudios canónicos», publica ahora estos «nuevos» estudios en un ingente volumen que recoge solamente una selección de los trabajos publicados en los dos últimos lustros de su tarea investigadora. Esta selección de trabajos da idea de la fecunda y amplia labor de su magisterio oral y escrito, verdadera encarnación de la figura del maestro e investigador de la ciencia canónica que traza en el primer estudio que recoge en el presente volumen (pp. 5-36).

El criterio que ha guiado al autor en la selección y publicación conjunta de estos trabajos ha sido el de permanencia y el de actualidad. Valor permanente de algunos de esos escritos, y actualidad de los mismos en un doble aspecto: trabajos sobre derecho novísimo o trabajos en orden a la futura labor legislativa posconciliar.

Entre los trabajos de valor permanente —y ante la imposibilidad de entrar en detalles, pues se trata de más de 30 temas distintos, es de toda justicia destacar el completísimo estudio sobre la potestad dominativa (pp. 187-248), y cuatro de los nueve trabajos relativos al proceso canónico, que son realmente magistrales y exhaustivos: los de la citación del reo y la litiscontestación (pp. 635-719), y los del tribunal y la demanda judicial en las causas matrimoniales (pp. 505-633).

Mención especial merece el comentario al Motu Proprio «Pastorale Munus», uno de los más completos y mejores que se han publicado, y, personalmente, nos parece de una

gran actualidad e interés el estudio relativo al valor que han tenido siempre en la Iglesia las legislaciones particulares, dado que la legislación posconciliar se orienta en esa dirección (pp. 65-85).

En una perspectiva de «iure condendo», es sugerente el ensayo de reforma que hace de los 30 primeros cánones del Código (pp. 115-134), aunque no suscribimos ciertos detalles, sobre todo los referentes a las leyes particulares y a la costumbre.

En esa misma línea, es digna de atención la idea central, al menos, del esbozo que hace sobre la futura reorganización de los Cabildos catedrales, que podría convertirlos, permaneciendo sustancialmente las funciones colegiales que hoy tienen, en un organismo dinámico de gobierno y régimen pastoral, que fuese, a su vez, el vértice natural de los Consejos presbiteral y pastoral (pp. 349-356). En el terreno procesal aceptamos plenamente las ideas de introducir un nuevo proceso judicial sumario y un proceso administrativo general que fuese modelo y tipo de los existentes (pp. 486-489), la posibilidad de opción entre el proceso judicial y el administrativo, y la restricción y humanización del proceso «ex informata conscientia» (pp. 489-491).

En orden a la reforma penal, sugiere el autor con buen criterio: supresión de los delitos altamente infrecuentes, reducción de las penas «*latae sententiae*» (el autor juzga prudente la supresión de las censuras «*latae sententiae*» para los laicos, pero no de todas las censuras), creación de nuevas figuras delictivas acomodadas a nuestra época, la graduación de las penas y la necesidad del dolo pleno como medio indirecto de simplificar el sistema penal, la reducción de las censuras reservadas y del triple grado de reserva a la Santa Sede (pp. 763-774).

Felicitemos al P. Cabrerós por esta obra, y esperamos que tenga la acogida que merece y que podamos ver pronto otros «novísimos» estudios canónicos.

Juan Luis Acebal, O. P.

BALDOMERO JIMENEZ, *Santidad y Vida seglar*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1965, 315 pp.

Aun sin explícita pretensión de hacer un profundo estudio teológico, la obra de D. Baldomero nos muestra, no sólo unos aspectos y dinámica de la vida espiritual, sino que viene a ser un verdadero tratado de Teología del Laicado.

Desde un estudio básico de la santidad de la Iglesia y de los fundamentos de la santidad laical, nos introduce y matiza lo que debe ser concretamente la espiritualidad del laico, en referencia directa al matrimonio.

Da una visión precisa de lo que es el seglar dentro de la Iglesia. Su misión eclesial y cómo ha de cumplir su vocación de santidad y de apostolado dentro de la Iglesia. «Toda santidad —dice— depende de algún modo o de otro de la Iglesia, porque toda santidad depende de Cristo y El se la ha asociado como complemento sacramental y universal suyo para esa vida divina que El viene a regalar a los hombres».

Se nos manifiesta en la lectura de este libro una santidad viva y dinámica. Apoyada toda ella con una constante citación de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres.

Esta nueva obra de Jiménez Duque, meditada y vivida, aporta un impulso más a la puesta en sitio y promoción del laicado en la Iglesia que con el Concilio se ha reemprendido.

José Sánchez Vaquero

C. J. NESMY, *Espiritualidad de Navidad; Espiritualidad del Año litúrgico*, III. Col. «Vida Religiosa», vol. 33. Ed. Cocusa, Madrid, 1967, 296 pp.

CAHIERS DE LA PIERRE-QUI-VIRE, *Espiritualidad Pascual*. Versión española por el Teólogo Claretiano de Salamanca. Col. «Vida Religiosa», vol. 34. Ed. Cocusa, Madrid, 1967, 256 pp.

No hace falta poner de relieve el interés y el valor de estos dos libros, dentro de su ambiente. La col. de la Abadía: *Pierre-qui-vire*, de la que ambos forman parte, es una

buena garantía. Por otra parte, nos parece que se cumple aquí una de las misiones de la teología, un tanto descuidada hasta una época muy reciente: informar la vida, alimentarla, comunicarla savia y calor de espiritualidad.

La obra de Dom C. Jean Nesmy abarca el ciclo de Navidad completo: desde el Adviento hasta la Transfiguración del Señor. Encontramos bellamente descrita, y con profundidad, la significación litúrgica del Adviento: esa realidad subyacente de la esperanza mesiánica, vivida por unas figuras excepcionales: el Bautista, la Virgen María, etc. El autor explica también en un capítulo especial los temas del Adviento, concluyendo con unas sabias orientaciones sobre la práctica del Adviento. En forma parecida continúa la explicación de la celebración de la Natividad del Señor: Títulos mesiánicos y misterio de Navidad, con un apartado especial, muy acertado, sobre el signo del bautismo, renovado en la liturgia de nuestros días. En las páginas siguientes, se completa la descripción de este cuadro, con las consideraciones sobre la Transfiguración del Señor y las fiestas que se celebran en torno a la Navidad, y con la celebración de la Epifanía. (La composición del índice, en su última página, ha resultado invertida).

El otro volumen se abre con unas consideraciones sobre la liturgia y espiritualidad. No es un abuso intentar descubrir los valores espirituales de la liturgia; porque, si la priváramos de ese espíritu, la reducimos a un mero formulismo.

El vol. está integrado por cuatro grandes secciones. Preparación pascual (septuagésima-cuaresma); Celebración pascual; Vida pascual; Documentos y oraciones. La síntesis de estas páginas se puede cifrar en la presencia del misterio de Cristo resucitado, que día a día, vive como alimento espiritual de los cristianos, renovado en la liturgia. La vida cristiana es un testimonio continuo de la esperanza que nos da la resurrección (San Agustín), participada ya aquí misteriosamente mediante la íntima comunicación con el Resucitado.

A. Martínez

JOSE MARIA CABODEVILLA, *La impaciencia de Job*. Estudio sobre el sufrimiento humano. BAC. La Edit. Católica, Madrid, 1967, 476 pp.

Libro bien elaborado, de honda y eterna problemática, literariamente perfecto. Cabodevilla gusta de la paradoja, de la imagen brillante y sugestiva, de la metáfora que fascina y deslumbra. Estilista, con saberes teológicos, sus ideas son guía en la selva del sufrimiento humano; aunque, a veces, el virtuosismo de la imagen no deja ver la perspectiva de la sentencia. No se busque en esta obra un comentario, estilo fray Luis de León, al libro de Job, sino reflexiones y pensamientos sobre el dolor del mundo.

Asistimos a la peregrinación de la humanidad a través de las cuatro estaciones de la vida. En el Cuaderno Otoño, lluvia de enfermedades y pesares; hombres que conocen, aman, gozan y sufren; otoños sin esperanzas ni consuelos, con la mentira como aglutinante, con su fardo insoportable de ruindades y miserias; otoños en soledad, con el corazón vacío de amores y la carne llagada y hostil «centinela sobornable, compañero desleal»; otoños en los que la vida huye veloz, la angustia tortura, el miedo agarrota.

En el Cuaderno de Invierno se describen los silencios de Dios, las pesadumbres y dulzuras de la desesperanza, las dudas contra la fe, el fin de los humanistas engreídos, el escándalo del sufrimiento y sus explicaciones rutinarias, la censura del hombre ulcerado contra levitas, sacerdotes y samaritanos.

En el Cuaderno de la Primavera se contempla el dolor humano desde las alturas de Dios. Renace la esperanza en las adversidades, se aprende a sufrir con amor, y define con León Bloy la era cristiana «como un sufrimiento en la esperanza». Finalmente, en el Cuaderno del Verano el dolor se inunda de luz en el Calvario. El libro abierto de la cruz es la respuesta a la pregunta de Job, el doliente, y así el enigma torturador del sufrimiento queda resuelto por el misterio de Cristo crucificado. El amor a la cruz es amor a Cristo y la solidaridad en el dolor es comunidad en el amor. Con el otoño avanzan las sombras de la duda, en el verano se inunda de luz el mundo del dolor. ¡Perspectiva esperanzadora y cristiana! Lee, aunque sientas el enfado de un giro literario inverosímil,

quizá encuentres un acorde en tu alma que te haga comprender el misterio profundo del dolor.

L. Arias

JEAN GUITTON, *Diálogos con Pablo VI*. Traducen José María Valverde y Andrés Boch. Ediciones Cristiandad, Madrid, 1927, 485 pp.

¿Qué es dialogar? Todos, hoy, hablan de diálogo, pero muy contados saben dialogar. J. G. define el diálogo como «un encuentro de dos amigos en la luz de la Verdad eterna; un libre ejercicio en el que uno jura «al otro» someterse únicamente a la luz». Diecisiete años de contactos íntimos del autor con Pablo VI, el hombre del diálogo en Jerusalén, San Francisco, Estambul o Roma, le permiten conversar con el Vicario de Cristo sobre temas de candente actualidad como son concilio, amor humano, belleza, violencia, verdad, reformas en la Iglesia y otros interesantes problemas. Pablo VI siente la necesidad de interrogar, oír, traspasar el velo de las timideces, de sacar a plena luz cuanto esconden las profundidades de las almas... Y, ¿si charlamos un momento?

J. G. utiliza el artificio literario de un dialogar platónico y conversa con Juan Montini en Milán y con Pablo VI en la ciudad de los Césares; nada de sensacionalismos, ni curiosidades, ni anécdotas. Ninguna de estas conversaciones ha sido registrada en microsuro o grabada en cinta magnetofónica, sin embargo este libro, nos confiesa el autor, «ha ocupado todos los instantes de mi pensamiento, todos los intersticios de mi trabajo, y lo llevo en todos los pliegues de mi corazón. Es el retrato de un espíritu en su trabajo, en algunos de sus recuerdos, en la espiral de sus reflexiones, en sus angustias, en sus gozos, en su esperanza absoluta» (p. 21).

Gracias a esta *memoria cordis* resulta el libro tan bello, aleccionador y confortante; se oyen silencios rumorosos, se adivinan sonrisas o pesares, y el alma se abisma en una sinfonía de notas melódicas. A través de una prosa tersa y académica penetramos en el pensamiento de un Papa que valora hombres, aconteceres y almas. J. G. lanza su botella al mar, y pues la obra termina con un largo diálogo con Pablo VI acerca del sacerdocio, deposita su libro en manos sacerdotales.

L. Arias

FERDINANDO SILVESTRINI, *Catechismo dei Documenti del Concilio Vaticano II*. Ed. Massimo, Milano, 1966, XVIII-917 pp.

El Decreto del Concilio Vaticano II sobre el ministerio pastoral de los Obispos, en el párrafo 14, les exhorta: «Vigilen atentamente que se dé con todo esmero a los niños, adolescentes, jóvenes e incluso a los adultos la instrucción catequética», e indica los fines de ella y el modo de darla. S. S. el Papa felizmente reinante ha aconsejado reiteradamente que «se estudie, conozca y aplique la herencia del Concilio», entre otras ocasiones en la solemne alocución a la Congregación Episcopal Italiana, del 23 de junio de 1966.

Estas exhortaciones del Papa y del Concilio hicieron brotar en la mente del Canónigo y Profesor Silvestrini la feliz idea de esta obra, que ha sido llevada a cabo con pleno éxito. Bajo el modesto nombre de *catecismo*, el libro contiene todos los documentos del Concilio (16), redactando íntegramente su contenido en forma de preguntas y respuestas. Precisamente por esa forma —que en el libro aparece clara, ordenada y puesta al alcance de todos— recibe la obra el título de catecismo.

Los documentos conciliares aparecen por orden de importancia: Las 4 Constituciones, los 9 Decretos y las 3 Declaraciones. El autor los traduce íntegramente, salvo algunas partes que no entran en el plan del catecismo: esas se ponen en notas al pie de página. Cada documento presenta la división original en capítulos y párrafos para facilitar la lectura y la investigación.

El autor ha llevado a cabo un estudio profundo de todos y cada uno de los documentos, como se echa de ver en la redacción italiana del contenido, en la Introducción General

a todo el libro —erudita y ponderada—; y en la introducción a cada documento particular, en la que explica las fases de su elaboración, a saber: Preparación, discusión, votación y contenido. Este está redactado en dos, 241 preguntas, acompañadas de su conveniente respuesta.

Desde la página 633 hasta el final del libro contiene éste —en forma de apéndice—: Los Discursos de apertura, clausura y a la ONU — Los Mensajes de los Padres Conciliares — La preparación y exposición esquemática de cada documento — Las fases del Concilio — La Síntesis histórico-doctrinal de los 21 Concilios Ecuménicos — Instrucciones y Actos de aplicación — Bibliografía esencial — Índice alfabético general de materias, que contiene 600 temas. Todo este largo apéndice de 284 páginas contribuye a completar el libro y a la mejor inteligencia del tesoro doctrinal del Concilio Ecuménico.

El autor ha conseguido su noble y pastoral intento, ofreciéndonos una obra de divulgación, que resultará utilísima para el público en general, singularmente para los catequistas, para todos los profesores de religión; y aun para los especialistas (teólogos y apologetas) en cuanto que ofrece un modo rápido, fácil y seguro para aprovecharse del rico tesoro doctrinal-pastoral que el Concilio ha dado a la Iglesia.

También merece su alabanza la elegante presentación del volumen: impresión nítida y rica, con cuatro tipos de letra.

No cabe sino augurarle máxima difusión entre el público católico; y felicitar sinceramente al Canónigo y Profesor Silvestrini, el cual ha dado un buen ejemplo, que —esperamos— será seguido por imitadores en todos los idiomas.

P. de Zamayón

KNOLL, CORMAC JOSE, O. F. M., *De primo Concilio plenario brasiliensi (anno 1939) ejusque decretis*. Studium historico-iuridicum, Romae, 1967, 144 pp.

El Concilio plenario brasileño de 1939, el primero celebrado en Brasil desde los tiempos de la conquista, es objeto de un esmerado estudio del franciscano Knoll. A la agitada historia del siglo XIX, se añaden en sus postrimerías tres hechos fundamentales: la supresión del Patroado (1890), la nueva Constitución brasileña (1891), y el Concilio plenario de América Latina (1899): los tres son objeto de estudio introductorio por parte del autor. También considera como preparaciones remotas del Concilio plenario, las frecuentes reuniones parciales del episcopado brasileño a lo largo de los años 1901-1919, así como la Carta colectiva de 1915. Las aspiraciones a ver plasmados estos esfuerzos en un Concilio plenario se vieron demoradas por la publicación del Código de Derecho Canónico (1917), así como por la precaria salud del Cardenal Atcoverde y por los acontecimientos políticos brasileños.

En 1939 pudo, por fin, celebrarse el Concilio plenario, cuyo desenvolvimiento externo describe el autor en la segunda parte, para ceñirse en la tercera al análisis de sus decretos. Estos son valorados positivamente por Knoll como representativos de un serio esfuerzo, largamente preparado, para estructurar la Iglesia brasileña. Se trata en ellos de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, de las normas sobre la vida clerical, vocaciones y seminarios, así como de lo referente a la instrucción religiosa del pueblo, de los peligros del espiritismo y protestantismo y del capítulo sacramental. Particular mención merece la insistencia con que se recomienda la instrucción social del pueblo. El Concilio plenario brasileño mereció los más altos elogios de los Dicasterios romanos y fue citado por otros documentos. El parcial fracaso de su aplicación efectiva lo atribuye Knoll al carácter juricidista de sus decretos y a la lengua latina en que están redactados, contraponiéndolo al tono pastoral y más concreto de la célebre Pastoral Colectiva de 1915. El trabajo, bien construido y esmeradamente editado, honra al Ateneo «Antoniano» de Roma y a su Facultad de Derecho Canónico, haciendo el n. 76 de sus publicaciones.

J. Ignacio Tellechea

VANDEBROUCKE, F., *Moines: Pourquoi? Théologie critique du monachisme*. Gembloux, Paris, 1967, 252 pp.

A primera vista pudiera parecer que esta obra es una respuesta o una especie de comentario a las disposiciones del Concilio Vaticano II respecto de los religiosos, tanto en la Constitución *Lumen gentium*, como en el decreto *Perfectae caritatis*. Pero el mismo autor atestigua en la introducción, que la obra se escribió antes de la publicación de aquellos documentos conciliares y por consiguiente es independiente de los mismos, si bien declara a continuación, que está en absoluta consonancia con ellos.

La finalidad de la obra es doble. Ante todo, dar a conocer el desarrollo inicial y posterior de la vida monástica y la manera como siempre ha respondido a las necesidades o conveniencias de la Iglesia. Esto supuesto, trata en segundo lugar de exponer el puesto que ocupa el monacato dentro de la vida o del mundo moderno. Nótese de paso que, aunque casi todo lo que en la obra se dice es aplicable a la vida religiosa en general, el autor se refiere directamente al monacato o a la vida religiosa de exclusiva consagración a Dios o vida principalmente contemplativa.

De los siete capítulos que comprende el trabajo, tres constituyen la parte primera, en la que se nos presentan algunas lecciones de la historia. La primera es el hecho mismo de la vida monástica, donde se ofrece una excelente síntesis del principio y desarrollo histórico de la vida monástica desde los solitarios de Egipto de los siglos IV y V hasta los tiempos modernos. La segunda es la antropología monástica tradicional, es decir, el fin humano-divino que pretenden los monjes: su vida está basada en la Sagrada Escritura y su tendencia más característica es el desprecio o huida del mundo con una sobre-estima del valor de la contemplación, de la verdadera libertad interior y del conocimiento del pecado. Todo ello, basado en un concepto estrictamente teológico de la vida de consagración.

La tercera, que conceptuamos particularmente original y digna de tenerse en cuenta, es sobre si la vida monástica responde a la vida bautismal o plena realización de lo que exige del cristiano el bautismo, y la vida eclesial, plenamente encuadrada dentro de la Iglesia, según se expresa en la *Lumen gentium*.

Los cuatro capítulos siguientes completan la segunda parte de la obra, que se titula «Dimensiones eclesiales», pues trata de presentar toda la amplitud y significación del monacato dentro de la Iglesia. El capítulo IV nos presenta el monacato como vocación estrictamente eclesial, con sus características fundamentales. Con su profesión, el monje realiza plenamente el bautismo cristiano; la vocación monástica tiene algo carismático. Se examina el sacerdocio especial del monje frente al sacerdocio de los fieles, y se trata, conforme a la teología monástica, de las preeminencias del monje, como una especie de profeta, y de lo que se ha denominado «realidad del monacato».

El cap. V insiste en la idea del monacato como testimonio cristiano. Para ello, después de investigar detenidamente el contexto bíblico y litúrgico de la vida monástica, se trata del interesante tema sobre el testimonio especial que ofrece el monje dentro de la Iglesia, que es el testimonio de un verdadero mártir. El cap. VI da un paso adelante, comparando el monaquismo con el sacerdocio, para lo cual, después de encuadrar históricamente el tema, ofrece el autor algunas justificaciones doctrinales, expone la naturaleza del sacerdocio y explica la manera como el monaquismo es un verdadero sacerdocio.

De particular interés juzgamos el cap. VII, que constituye uno de los objetivos de la obra. En él se trata del monje en el mundo. Partiendo de la base, de que el monje colabora en el mundo a la obra redentora de Cristo, debe concebirse en realidad esta obra como misionera. Luego se exponen las características de la vida religiosa en general y de las Ordenes monásticas en particular, y se llega a una solución concreta, que expresa la significación del monaquismo en el mundo moderno. Es la realización de la pobreza de Cristo y la práctica de un verdadero culto de Dios y vida litúrgica. Con esto se ve la necesidad de una extensión más conforme a las necesidades, de los monasterios

en los nuevos territorios cristianos, para que todos puedan beneficiarse mejor del testimonio monástico y pueda producir sus saludables efectos la verdadera caridad cristiana.

B. Llorca

LEOPOLDO DURAN, *Hay un desierto dorado*. Ediciones Ariel, Barcelona, 1967, 232 pp.

El desierto dorado es, para Carlos, la Trapa de Osera; yermo para el mundo, oasis para un alma peregrina de las cumbres, jardín balsámico con aromas de alelles y azucenas. Por las cálidas líneas de este diario corre una brisa refrescante de espiritualidad auténtica que penetra y vitaliza los corazones. Sin oropeles litelarios va sembrando este joven insatisfecho profundos pensamientos nacidos al calor de su meditación en la soledad de la trapa. Claro es que para saborear la dulzura de estas páginas se necesita en el lector una vida enraizada en el amor de Dios, los superficiales no perciben el aleteo de la gracia en un lenguaje extraño para ellos. El reino de los cielos es como un tesoro escondido en el campo y Carlos vende su hacienda, compra este campo y reparte sus ganancias entre los hambrientos de Dios. En este desierto dorado se refleja la belleza de un alma enamorada de la luz. Si dudas... lee.

L. Arias

JEAN CARDONNEL, O. P., *Del buen Dios al Dios vivo*. Traduce J. B. Caselles. Ediciones Ariel, Barcelona, 1967, 231 pp.

Recoge esta obrita los sermones pronunciados por J. C. en 1958 en Montpellier. En un lenguaje sencillo y directo anuncia la Palabra de Dios a los hombres del siglo XX. Alienta en sus palabras una luz de alborada, la novedad siempre fresca y lozana del Evangelio de Cristo, y, bajo una apariencia serena, late la vehemencia apasionada del apóstol y el celo ardiente del vocero del Señor, que no apaga ninguna cobardía, ni silencio respeto alguno humano. El Dios que predica no es el Dios de las complacencias con nuestras debilidades o malicias, ni el Dios parapetado en su transcendencia sin interesarse por los problemas de la tierra, sino el Dios que redime, ama y castiga. Si el verbo de J. C. electrizó a sus oyentes, su mensaje escrito puede inquietar saludablemente al lector.

L. Arias

RAYMOND J. NOGAR, *La evolución y la filosofía cristiana*. Versión castellana de Ismael Antich. Edit. Herder, Barcelona, 1967, 403 pp.

Tema actual y complejo. Nogar examina los fundamentos del hecho evolutivo, valora su alcance a la luz de la biología y antropología, señala sus límites y aspira a presentar una síntesis que esté de acuerdo con las conclusiones de la ciencia y los postulados de un filosofar cristiano. En tiempos no lejanos se pedía al filósofo un concepto válido del cosmos y del hombre, hoy es el científico quien sentencia en los dominios de la evolución.

Las teorías de Darwin producen un impacto inegable en el hombre contemporáneo y la filosofía no puede ignorar este hecho, de ahí ese florecer de la filosofía de la materia, de la idea, de la vida, de la esencia o de la existencia, pero la evolución exige una filosofía tridimensional, pues influye de un modo inmediato en la filosofía de la vida, la moral, la religión y el destino futuro del hombre.

Nogar parte de lo conocido, se fija en la epigénesis, tiene presente la idea del *mneme*, constata una regularidad sorprendente en el vértigo de un cambio incesante de los elementos biológicos y cosmológicos, estudia las leyes de la naturaleza, para finalizar su estudio anclado en Dios como clave de toda la problemática evolutiva. El autor no pretende poner punto final en las cuestiones que analiza y su mismo prologista, el Dr. Th.

Dobzhansky, célebre genitista, no comparte con N. su condena del idealismo evolucionista de un modo global.

El lector, incluso si no es un especialista, encontrará en este estudio de R. J. N. expuestos con extremada claridad y competencia los fundamentos biológicos de la evolución y las implicaciones filosóficas de esta teoría, de gran valor para el teólogo.

L. Arias

HANS KÜNG, *La justificación. Doctrina de Karl Barth y una interpretación católica*; traducción castellana de Francisco Salvá. Edit. Estela, Barcelona, 1967, XXIV-423 pp.

Al aparecer, en 1957, la primera edición alemana de *Rechtfertigung* produjo gran sensación en el mundo de la Teología. La tesis era de coincidencia en lo fundamental entre el teólogo protestante y el Concilio de Trento en materia tan debatida como es la justificación. Asombro y pasmo en ambos campos rivales. La primera sorpresa corre a cuenta de K. Barth. El mismo, en su carta prólogo, nos asegura que H. K. supo recoger en su libro cuanto de esencial sobre el tema de la justificación contienen los diez volúmenes de su *Kirchliche Dogmatik*. La concisión no perjudica a la precisión en el detalle. En este punto estamos convencidos, nadie mejor que K. Barth sabe cuál es el pensamiento de K. Barth.

Será correcta la exposición que hace H. K. de la doctrina tridentina sobre la justificación. Si lo que expone el autor en la segunda parte como doctrina de la Iglesia romana es en verdad su doctrina, la coincidencia será sorprendente; escribe K. Barth: «Acerca de que su exposición sea la doctrina de su Iglesia, tendrá usted que dialogar, por su parte, con especialistas en Biblia, Historia y Dogma. No necesito asegurarle que espero con interés y expectación la acogida que tendrá su libro» (p. XXII).

El problema queda reducido a la siguiente pregunta: ¿la exposición que hace H. K. de la doctrina de Trento es católica o no? La respuesta de los mejores críticos es, en general, afirmativa. A dos lustros de distancia de la edición original queda colmada la expectación de K. Barth, con el impresionante consenso de los teólogos, a pesar de las críticas y objeciones en puntos marginales. H. K. nos dice en el epílogo a la cuarta edición alemana que su «ensayo» debe ser «en muchos puntos» interpretado, esclarecido, completado y mejorado, e incluso que existen diferencias importantes, valoradas en la polémica. No se trata, pues, de un acuerdo *total*, sino de un acuerdo de *fondo*, suficiente para no autorizar, en este punto, una división en la Iglesia. Las divergencias, por otra parte, no son irreductibles.

Con K. Barth, desde la ventana del tiempo, contemplamos en el cielo de la Teología el arco iris de la unidad entre católicos y protestantes. Ya se puede hoy dialogar acerca de lo que nos une, por encima de lo que nos separa. Agradecemos a ESTELA el esfuerzo y el servicio. El lector español tiene a su alcance una obra que consagra a su autor y señala un paso trascendente en la historia del ecumenismo.

L. Arias

ANTON MEINRAD MEIER, *Das peccatum mortale ex toto genere suo. Entstehung und Interpretation des Begriffes*. Edit. F. Pustet, Regensburg, 1966, 405 pp.

Se trata de una tesis doctoral presentada a la Facultad de Teología de la Universidad de Friburgo de Suiza. Es un estudio histórico acerca del desarrollo de la noción del llamado pecado mortal «ex toto genere suo». Comprende un largo período de tiempo: desde el siglo XII hasta el siglo XVIII. Se van examinando, aduciendo siempre sus mismas palabras, cada uno de los más principales autores, que han tratado de la cuestión: Gilberto Porretano, Alano de Lila, Alejandro de Hales, San Alberto Magno, San Buenaventura, etc. El autor se detiene especialmente en exponer la doctrina de Santo Tomás sobre el particular, a cuyo estudio dedica la *tercera parte*, de cinco que contiene la obra. Posteriormente

se estudian también otros muchos autores, como Egidio Romano, Escoto, Durando, Guillermo de Ockam, Gregorio de Rimini, Capreolo, Cayetano, Vitoria, Suárez, Lacroix, etc.

La tesis está escrupulosamente elaborada. La bibliografía es abundantísima, toda de primera mano. El autor no se ha contentado con consultar los libros publicados de los autores que estudia; ha examinado diversos manuscritos de los mismos. Después de exponer detalladamente el desarrollo de cada periodo, hace un resumen de conjunto del mismo periodo, de suerte que es fácil saber las aportaciones de cada uno de los autores a la cuestión estudiada.

Francamente es un libro de importancia en la Historia de la Moral, sobre todo hoy que tanto se discute sobre la naturaleza del pecado mortal.

P. Sobradillo

FLORENT GABORIAU, *Interview sur la mort avec Karl Rahner*. Editions P. Lethielleux, Paris, 1967, 126 pp.

La filosofía ante el tema de la muerte debiera interpretar el hecho, justificar su existencia, explicar su escándalo, burlar su tiranía, pero en vez de acicate es silenciador. Silencio sobre la muerte en el *Vocabulaire* de Lalande, en el *Traité de métaphysique* de J. Wahl, y en la *Métaphysique générale* de Ancel; silencio en los Manuales de metafísica de Gurdof y De Solanges. Karl Rahner rompió con esta estrategia del silencio con su famosa *quaestio disputata* sobre la muerte. Filosofía y saber bíblico se dan cita en este pensador de fama mundial para quien la muerte es fin y perfección —*Ende und Vollen dung*—.

F. G. dialoga con el maestro de Innsbruck sobre estos cinco puntos: 1) ¿Es *deducible* la muerte como piensa una filosofía trascendente, o es sólo *observable* como opina una filosofía concreta?; 2) ¿Se toma hoy la muerte en serio, en su significado profundo?; 3) ¿Permite su concepto evitar intelectualmente su radicalismo absoluto, o puede una filosofía servil prestar un auténtico servicio a la humanidad arrancando a la muerte su aguijón?; 4) Significado de un no-sentido de la muerte para el hombre en K. Rahner; 5) Y, finalmente, ¿qué es la muerte para el cristiano?

Sobre estos cinco puntos discurre con altura el dialogar de F. G. con K. Rahner, a la luz de una filosofía equilibrada que sabe beneficiarse de la antropología y de la doctrina tradicional. F. G. puntualiza en Rahner influencias heideggerianas, paradojas e intuiciones, idealismos y realidades. Al final un balance y una carta a Robert Escarpit. Es un placer para el espíritu asistir a este diálogo sereno en las alturas de un enfrentamiento filosófico objetivo.

L. Arias

- 1 R. SCHNACKENBURG, A. GÖRRES, H. FLECKENSTEIN, *Creer hoy*. Reflexiones para el servicio de la fe. Traductor, Martín Ezcurdia. Ediciones FAX, Madrid, 1967, 222 pp.
- 2 MAURICE BELLET, *Los que pierden la fe*. Traduce, Acacio Gutiérrez. Edit. Razón y Fe, Madrid, 1967, 227 pp.

1 En el año de la fe dos obras sobre la fe, bajo dos ángulos diversos: la fe en su esencia y la falta de fe como problema. Creer hoy resulta comprometido y difícil. R. Schnackenburg, Biblia en mano, nos dice qué es la fe —*qua creditur*— y el servicio de la fe —*quae creditur*—; exposición fundamental y sucinta que no le permite pasar revista a la tradición ni al magisterio, ni descender al terreno doctrinal de la Teología sistemático-especulativa. Pero la fe sólo existe en los creyentes, de ahí que Albert Görres, estudie al hombre de nuestro tiempo y lo sitúe ante el problema de la fe (c. 3). Las circunstancias condicionan al hombre y H. Fleckstein analiza al hombre de hoy en su dimensión social (c. 4), mientras E. Tewes lo hace como *Seelsorge* y estudia nuestro servicio a la fe en el seno de una comunidad parroquial (c. 5); V. Schurr, autor de fama, considera la fe, por encima

de un asentimiento de la razón de una verdad revelada, como una entrega personal al Cristo viviente y al Dios director de la historia de la salvación. Como apéndice J. M. Reuss, encuadra la fe como acto complejo en el marco del Concilio Vaticano I. Las cuestiones están expuestas con nitidez, estudiadas en profundidad, y resueltas con reconocida competencia.

2 M. Bellet nos sitúa ante la perspectiva del hombre que ha perdido su fe, cuestión candente, delicada y en extremo compleja. ¿Qué hacer ante un naufrago en la fe? ¿Qué pensar? ¿Qué decir? ¿Debemos permanecer indiferentes y extraños? Conducta inhumana. ¿Compadecerlos? Vana condescendencia. ¿Ensayar atraerlos? Esto significaría, quizás, alejarlos aún más. M. Bellet traza su plan de conquista: «Nada de exteriorización; nada de intentos de recuperación; pero en nuestro interior, oración, sufrimiento, entrega. Lejos de ser indiferentes trabajamos por su salvación en el secreto de la esperanza. El resto está en manos de Dios» (p. 15).

No obstante M. B. trabaja por explorar esa región oscura en la que la intención salvadora corre el riesgo de naufragar en el abismo de las dificultades. Su plan, sencillo en apariencia, es, en la práctica, espinoso: explicar, situar, comprender, compadecer, escuchar, en una palabra esfuerzo por comprender al «otro» (primera parte). Sigue un ensayo de interpretación con una hipótesis como base. Finalmente análisis psicológico con actitudes cristianas de apertura (segunda parte). Traza luego (tercera parte) una línea de conducta que en cada momento pide ser criticada, adoptada, vivida. La fe, a este nivel, se expresa mediante un estudio de la vida humana tal cual es para los que la viven. Libro espléndido, en el que se hermanan la profundidad psicológica, la simpatía cordial y el acento cálido de la caridad.

L. Arias

Monseigneur Louis SOUBIGOU, *Les préfaces de la liturgie étudiées, prêchées, méditées*. P. Lethielleux, Paris, 1967.

Gracias a Dios, ha pasado ya definitivamente la época en que el prefacio de la misa se consideraba como un mero prólogo del canon. Hoy todo el mundo admite que la gran plegaria eucarística empieza con el diálogo introductorio y el prefacio seguido del canto del «Sanctus». Y se admite también que el contenido del prefacio pone de relieve la cualidad esencialmente «eucarística» del canon, menos aparente en otras partes del mismo. El tema de la «acción de gracias» es el que domina todos los prefacios de la misa romana, diversamente matizado según el tipo de fiesta o de solemnidad.

De ahí la importancia de un estudio serio de los prefacios, en orden a una mayor inteligencia del canon, y por ende, de toda la misa. Es lo que pretende Mons. Soubigou en el libro que nos ocupa. No se trata, sin embargo, de una investigación histórico-litúrgica de los prefacios, sino de una presentación de su contenido, con el fin de captar toda su densidad doctrinal y pastoral. La historia se utiliza en la medida en que es necesaria para la recta inteligencia del texto. Con fino sentido crítico, echa mano de los resultados de los investigadores más competentes, pero sin pretender realizar una labor de crítica histórica.

El interés se centra en el contenido teológico y en las consecuencias pastorales. Son 24 los prefacios estudiados. Además de los contenidos en el Misal romano (común, de Navidad, de Epifanía, de Cuaresma, de la Cruz, de Pascua, de la Ascensión, del Espíritu Santo, de la Trinidad, del Sagrado Corazón, de Cristo Rey, de la Virgen, de San José, de los Apóstoles, de difuntos, y de la misa crismal del Jueves Santo), analiza algunos que son propios de ciertos lugares (de Adviento, del Santísimo Sacramento, de San Juan Bautista, de los santos, del santo fundador de la iglesia diocesana, de la Dedicación de iglesia, y de Santa Ana). Por ello, la obra viene a ser un comentario sobre el sentido del año litúrgico, tanto en lo que se refiere a las fiestas más importantes del Señor, como de la Virgen y de los santos. Su lectura es estimulante en orden a percatarse de la inmensa riqueza de estas piezas litúrgicas, y a desear que tal riqueza, en la reforma del canon, no se pierda, antes aumente.

J. Llopis

Miguel PEINADO, *Solicitud pastoral*. Juan Flors, Barcelona, 1967.

El benemérito párroco granadino, D. Miguel Peinado, ofrece dentro de la colección «Lecciones de Pastoral», del Instituto Superior de Pastoral, un sugerente estudio acerca de lo que podríamos llamar «actitudes básicas del pastor de almas». Partiendo de la finalidad esencial de la actividad pastoral, que no es otra que la de poner a la comunidad de fieles en contacto vivo con el misterio salvador de Jesucristo, el autor estudia en tres partes cada uno de los vértices del triángulo: misterio de Cristo, pastor, comunidad.

El mérito más relevante del libro es su entronque constante con la vida. Por un lado, todas sus reflexiones son fruto de una experiencia real, de algo no aprendido en los libros, sino descubierto a través del quehacer pastoral de cada día y de muchos años. Por otro lado, la intención del autor no es la de ofrecer una síntesis científica de la teología pastoral, sino la de ayudar prácticamente a cuantos se afanan por adquirir una formación seria en el campo pastoral. El mismo autor lo reconoce en la introducción: «Más allá de unas reflexiones sobre una experiencia personal, continuada en el ministerio humilde de la cura de almas durante bastante tiempo, no podíamos dar».

Y aquí, naturalmente, es donde radican las limitaciones de la obra. Si tenemos en cuenta que lo que se necesita urgentemente, en el campo de la pastoral, es una reflexión teológica sólidamente cimentada en la eclesiología, podemos dudar con fundamento de la oportunidad de libros de pastoral como el que reseñamos. No queremos decir con ello que la obra carezca de fundamentos teológicos. Al contrario, todas las reflexiones se inspiran en la Sagrada Escritura, en la doctrina de los Padres, y en el Concilio Vaticano II. Pero intentamos señalar que lo que verdaderamente hace falta es una auténtica síntesis de teología pastoral, menos empírica y más racional, no tan «piadosa» y más teológica.

J. Llopis

ROBERTO ZAVALLONI, O. F. M., *Sicologia Pastoral*. Trad. del italiano de S. Benito Galindo. Col. «Pastoral». Ed. Studium, Madrid 1967, 690 pp.

La recensión del original italiano de esta obra la hicimos nosotros mismos el año pasado en esta misma revista [*«Salmanticensis»* 14 (1967) 235-236], por lo que nos remitimos a ella.

La presentación de la edición española es esmerada, como todos los libros de esta prestigiosa Editorial.

Por señalar alguna posible mejora en ediciones posteriores, seríamos partidarios en primer lugar de no usar en el título y cuerpo de la obra el término *sicologia* y derivados, ya que, si bien fue permitido por la Real Academia de la Lengua, fue desautorizado razonadamente por la Sociedad de Psicología, que hizo notar con acierto cómo en este caso no es lícita la aplicación de la ley general, pues *sicologia*, *sicosis*, etc., son términos que tienen un sentido admitido en Ciencia, y por cierto bien distinto del que suena (*Sicos* = Higo). La bibliografía también podía retocarse: citando el original de obras traducidas (vgr. Nicolau) y completando con lo que se ha publicado en España sobre el tema, poco ciertamente,

Personalmente hubiera deseado que ya que el autor cita dos veces nuestro libro *Introducción a la Ascética Diferencial*, añadiendo a continuación la crítica de Perrault en *Angelicum*, como clave de interpretación; se consignara asimismo en ambos casos la cita de la respuesta que dimos a dicha crítica en «*Revista de Espiritualidad»* 21 (1962) 388-396.

Se trata, en fin, de un libro muy recomendable, y que, ante la escasez de textos de *Psicología Religiosa*, bien puede tomarse como tal.

A. Roldán

JOSE J. RODRIGUEZ MEDINA, *Pastoral y Catequesis de la Eucaristía*. Ed. Sigueme, Salamanca, 1966, 451 pp.

El autor estudia, a base principalmente de los catecismos, libros y artículos de revistas, cómo se ha desarrollado en el periodo del Vaticano I al Vaticano II la catequesis de la misa y la forma pastoral de realizarla y vivirla. La investigación, sin ser exhaustiva, se basa en buena parte sobre catecismos y escritos españoles de un periodo en que todavía (tampoco en el resto de Europa) habían entrado los novísimos puntos de vista. No sabemos cuál es el criterio que ha presidido para seleccionar estas fuentes del trabajo. Por esto, con ser una obra de amplia y copiosa bibliografía, no sabemos qué valor *preciso* hemos de atribuir a sus conclusiones, que por otra parte se ofrecen en números y tantos por ciento; pero confesando el mismo autor que sólo tienen valor «significativo». No acaba de agradarnos el título del c. 2, distinguiendo la misa como liturgia, sacrificio y presencia; porque el sacrificio es liturgia, y este sacrificio de la misa incluye esencialmente la presencia de Cristo. También hubiéramos deseado un horizonte más amplio en las teorías dogmáticas sobre el sacrificio eucarístico, sin dar prevalencia casi exclusiva a las teorías oblacionistas de la escuela francesa. Con una exposición más benévola de la dogmática eucarística se hubiera ahorrado el recalcar la oposición de la Dogmática con la pastoral. La obra supone lectura muy abundante y referencias copiosas a multitud de artículos y trabajos modernos que investigan o subrayan nuevos matices en torno a los signos y, en concreto, a los signos de la misa. Particularmente logrado nos ha parecido todo lo que se dice sobre la palabra y su relación con el sacramento, resumiendo con no poca erudición las teorías hoy propuestas. En el libro, en general, tal vez la abundancia de citas y referencias a opiniones de autores obscurece el relieve con que se podrían expresar las conclusiones u opiniones del autor. Pensamos que el mismo autor no deja de reconocerlo. Esta abundancia de referencias, aunque el lector no siempre acepte los puntos de vista que se mencionan, puede actuar como fuerza sugerente para la profundización de los problemas y, en concreto, y esta es la finalidad del libro, para una catequesis y una pastoral más avisadas de la Misa. No nos detendremos en pormenores cuya crítica podría alargarse. Notemos para acabar que de Jungmann no encontramos la mención y el estudio de su importante libro en el orden pastoral *Die Frohbotschaft...* (1936) y lo que puede considerarse la 2.ª edición de esta obra *Glaubensverkündigung im Lichte der Frohbotschaft* (1963). Sobre la recomendación de comulgar de hostias consagradas en la misma misa, recordamos a Benedicto XIV, además de la *Mediator Dei*; y, antes de los Directorios recientes (cf. p. 314), ya el Cardenal Parrado, antes de 1946, había escrito recomendándolo a sus diocesanos de Granada.

M. Nicolau

DOMENICO GRASSO, *Teología de la predicación. El ministerio de la palabra*. Col. «Nueva Alianza, 12». Ed. Sigueme, Salamanca, 1966, 371 pp.

El autor desarrolla para comenzar el fecundo tema de la «teología de la predicación» (*Verkündigungstheologie*), del cual en lengua castellana habíamos tratado en «Etapas del proceso teológico» (Est. Ecl. 19 [1945] 187-205) y A. Avelino Esteban con bibliografía exhaustiva en *XV Semana Española de Teología*, Madrid, 1956, pp. 387-409. D. Grasso plantea brevemente al comienzo la problemática moderna en torno al *kerygma* (c. 1) y estudia el objeto de la predicación (c. 2). Si nos parece ingenua la afirmación de que hasta hace poco no se había realizado una reflexión sistemática y profunda sobre la naturaleza íntima de la revelación (p. 39), en cambio creemos exacto lo que se afirma que la naturaleza teológica de la predicación ha estado últimamente en el plano de la especulación de muchos teólogos, aunque no todas las cosas que hoy se dicen es la primera vez que se dicen. En cuanto a la palabra del mensaje evangélico (c. 3), nos parece claro que por ser mensaje que viene de Dios y que está contenido en libro inspirado por Dios, es una *palabra de Dios*, en el sentido de que *tiene su origen en Dios* (y no sólo es palabra que trata de Dios); por tanto el genitivo *de Dios*, no sólo tiene sentido *de objeto*,

sino principalmente *de origen*. Como texto, que nos parece más probativo de que Cristo o Dios hablan, cuando se nos comunica este mensaje, echamos de menos el de San Pablo, "*Pro Christo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos*" (2 Cor. 5, 20). El sentido exacto de que Dios es «causa principal» en la predicación, nos parece que debe hacerse depender del concepto de «predicación» que se tenga delante. Si la predicación es el mismísimo mensaje de Dios y su palabra inspirada, entonces es claro que Dios es su «causa principal» en sentido estricto. Si por predicación se entiende este mensaje y palabra inspirada, pero envuelta en los conceptos y explicaciones del predicador, si éste en lo que dice se somete a la acción del Espíritu Santo y procede bajo esta acción, entonces también la predicación tendrá a Dios por causa principal en un sentido menos estricto que el anterior. Pero si el predicador interpone sus propios conceptos con intención meramente humana, de agradar o de enseñar su propia filosofía o política, entonces será de aquellos que adulteran la palabra de Dios, y no se podrá decir que la predicación tenga *en esto* a Dios por causa principal. Esta no sería auténtica predicación, que es la que entiende el autor más abajo (p. 91).

En sucesivos capítulos se estudia la palabra humana que es el instrumento de la predicación (c. 4) y el misterio de la predicación (c. 5). Más que hablar de *potestades* de predicar, que confiera la ordenación sagrada (pp. 139-142), la cual se presta a enredar la controversia, preferimos (con el Vaticano II, acerca de lo que se confiere en la consagración episcopal) hablar de *oficio* de predicar conferido en la ordenación; porque la potestad no es tal *simpliciter*, si no está expedita para el acto, y no basta la ordenación para el *poder* de predicar. El capítulo 6, que trata de la fe se justifica desde el punto de vista de la respuesta que hay que dar a la predicación. Parece confundirse la fe con la esperanza (confianza) al hablar de «los dos elementos de la fe» (p. 154). Con gusto particular se lee el capítulo (7.º) que estudia *las dimensiones de la predicación*; que debe ser sagrada, referida a la historia de la salvación, cristocéntrica, eclesial, litúrgica... Las relaciones entre palabra y sacramento (c. 8) constituyen un largo estudio de la eficacia de la palabra de Dios; cuyas conclusiones vemos con satisfacción que coinciden con las que hemos expresado en *Escritura y Revelación según el Concilio*, Madrid, 1967, pp. 152-156, 193-195. La predicación como testimonio y sus motivos (c. 9-10); la razón de la eficacia en la predicación (c. 11); la adaptación del mensaje (c. 12); cómo debe ser el predicador (c. 13); las formas (catequesis, homilía...) y terminología en que se verifica la predicación (c. 14-15): son otros tantos capítulos que muestran la riqueza de este libro, que nos ha parecido en su conjunto muy didáctico, índice de copiosa bibliografía moderna sobre el tema, que ayudará al conocimiento exacto del ministerio de predicar.

M. Nicolau

ALFONSO M. NEBRED, S. I., *Kerygma in crisis?* Col. «Loyola Pastoral Series». Edit. Loyola University Press, Chicago, 1965, XIV-140 pp.

En la perspectiva misional abierta por el Vaticano II el autor presenta una mirada de conjunto sobre la situación y la problemática de hoy en la transmisión del mensaje evangélico. Diserta sobre todo acerca de la necesidad de preparar al catecúmeno antes de presentarle el mensaje cristiano. Los tres capítulos últimos, que se refieren a esta preevangelización, ocupan la parte más extensa del libro.

Nos parece no exento de exageración algo de lo que dice en la p. 10, por el deseo (en el que estamos de acuerdo) de presentar de manera viva y concreta el objeto de nuestra fe. El P. Nebreda se mueve dentro de la línea fuertemente recalcada por Jungmann y seguida por el Centro «Lumen vitae» de Bruselas, sobre la manera de presentar el mensaje evangélico, particularmente en la Catequesis, dando a esta palabra un amplio sentido de transmisión de la doctrina y de la vida dinámica cristiana. Con D. Grasso distingue primero el estadio de la evangelización, al que sigue el de la catequesis, y por último el de la homilía (p. 42); cada uno con su finalidad propia según el crecimiento de los oyentes en fe y vida cristiana. Utiliza también con provecho la semana de estudios

de Bangkok (1962) en orden a mostrar los valores y la apetibilidad del mensaje, para el hombre de hoy. Con mentalidad y preocupación misionera y apostólica interesan al autor los condicionamientos que hay que establecer para llevar a los hombres a escuchar el mensaje y acercarlos a la fe.

M. Nicolau

RENE COSTE, *L'homme-prêtre*. Edit. Desclée, Paris, 1966, 254 pp.

En éste libro se ha querido hacer «una obra abierta y equilibrada a la vez, que tiene por eje el Evangelio y articulada en las necesidades del tiempo» (Del prólogo del Cardenal Suenens). Escrita con anterioridad a la publicación de los textos conciliares relativos al Sacerdocio, el autor ha encontrado armonía profunda entre su trabajo y el Vaticano II. Los capítulos se suceden, primero, sobre la vocación y la formación del sacerdote; sigue una meditación sobre la historia del sacerdocio cristiano; sus fundamentos en la Escritura, la esencia del sacerdocio ministerial; que el autor encuentra en la idea de mediación. Estos capítulos (I-IV) nos parecen ser los de reflexión más teológica. En los siguientes el sacerdote aparece como signo y testimonio del Señor en la Iglesia, hermano de todos, ministro de la palabra, de los sacramentos, con responsabilidad pastoral (c. V-IX). Todos estos capítulos pueden muy bien haber servido para exhortaciones a seminaristas o sacerdotes acerca de su propio ministerio. Llevan cierta unción y parecen indicados al efecto. Todavía siguen otros (c. X-XII) que proponen la función del sacerdote respecto del Pueblo o Iglesia. No faltan los que miran directamente a su ascesis personal: sobre la oración, espíritu de las bienaventuranzas, castidad, pruebas (c. XVI), tareas y unidad (c. XIII-XVIII).

M. Nicolau

VARIOS, *El sacerdote ante la exigencia de los tiempos*. Edic. FAX, Madrid, 1966, 325 pp.

«En el diálogo o también en una reflexión en común —dice el prologista del libro, Mons. Laszló— se dicen en ocasiones palabras inestimables, en las que se encuentra aliento y que no se olvidan por ello fácilmente. El propósito de este libro —continúa— que conserva a la vez el recuerdo de días de retiro pasados en común, quiere ser el de reunir algunas de estas palabras y ofrecerlas una y otra vez como motivo de meditación». Conforme a este propósito, se recogen estudios, breves por lo general, de diferentes autores (Laszló, Rusch, Jungmann, Thalhammer, Rahner, Hansemann) sobre el misterio y ministerio del sacerdote, sobre el sacerdote y el sacrificio de la misa, sobre la piedad sacerdotal, sobre Iglesia y sacerdote, sobre el sacerdote en el mundo y sobre la personalidad sacerdotal. Siguen los decretos conciliares sobre el ministerio y vida de los presbíteros y sobre la formación sacerdotal que ocupan buena parte del libro (pp. 221-319).

M. Nicolau

BENKO, NUTTIN, AYESTARAN, *Examen de la Personalidad en los candidatos al sacerdocio*. Col. «Psicología-Medicina-Pastoral». Edit. Razón y Fe, Madrid, 1967, 272 pp.

El tema que se trata en este libro es del máximo interés. Todo lo que se haga para discernir a tiempo la vocación inauténtica, a la vida religiosa o sacerdotal, ha de merecer nuestro aplauso. La lástima es que no estamos todavía en condiciones de hacerlo con seguridad y solvencia.

El esfuerzo de los autores es considerable, pero las conclusiones a que llegan son por fuerza modestas. Por eso el libro va dirigido mas bien a especialistas, no tanto a directores de espíritu practicistas, que después de perderse en los vericuetos del aparato metodológico que ofrece el libro, se verían despagados al no encontrar normas utilitarias y eficaces con las que poder distinguir a tiempo las vocaciones equivocadas.

El libro consta de dos partes, escritas por dos autores diferentes, que tienen como punto de contacto, además del tema, el haber sido realizados ambos estudios bajo la dirección del mismo Profesor Nuttin de Lovaina. La primera es traducción del libro: *Examen de la personnalité chez les candidats à la prêtrise*, publicado en 1955 por A. Benkő, S. J. y el Dr. Nuttin; la segunda es un estudio similar realizado en España por el P. Sabino Ayestaran, O. F. M.

Benkő aplicó el test MMPI (traducido a lengua francesa y holandesa) a 522 sujetos, es decir a 181 jóvenes religiosos, 79 novicios de diversas órdenes, 100 estudiantes de Medicina y 162 soldados. Ayestaran aplicó el mismo test a 629 casos útiles de estudiantados religiosos y de seminarios del Norte de España.

Se trataría con este test, y algún otro secundario, de determinar el grado de equilibrio psíquico del sujeto, para poder eliminar a tiempo a los ineptos. Las consecuencias a que los autores llegan son muy ponderadas: «Los resultados generales de nuestro estudio —dice Benkő— permiten alimentar ciertas esperanzas sobre la utilidad de la aplicación de métodos psicológicos, a condición de ser utilizados con las precauciones técnicas necesarias y por sacerdotes especializados en este dominio» (p. 157). El problema principal reside en que no es fácil señalar el grado de desequilibrio psíquico que incapacita para esta profesión. La experiencia da que sujetos algo desequilibrados psíquicamente cumplen admirablemente su cometido sacerdotal o religioso, y por el contrario, que personas con gran equilibrio psíquico no se adaptan a este género de vida. El método ideal para despejar esta incógnita sería aplicar un test de personalidad —por ejemplo, el MMPI— al comienzo del noviciado o seminario, a un gran número de sujetos de experiencia (de distintos sitios, procedencia, medio social, etc.), y seguir la trayectoria vocacional de dichos sujetos a lo largo de los años. Así se podrían localizar, si las hay, las respuestas a ese test, que son índice fundado y seguro de futura desadaptación. Pero esto es sumamente difícil, y no se ha hecho todavía. Los autores han intentado un camino realizable (en orden a lograr su tesis doctoral): un examen transversal de las vocaciones, no longitudinal. Este procedimiento ya se ve que es menos eficaz. Además, el buen término de una vocación depende de varios factores, entre los que destaca no sólo el equilibrio psíquico, sino la adaptación, los intereses sacerdotales o religiosos, la motivación, etc. Por eso las consecuencias del presente estudio no podían ser sino limitadas: «Los resultados obtenidos —dice Ayestaran— permiten afirmar que no es posible realizar esa predicción, con un margen mínimo de error, apoyándose únicamente en el estudio del equilibrio psíquico de los candidatos» (p. 257).

Añádase a esto que la interpretación de los resultados numéricos de un test o encuesta no es siempre fácil. Nosotros, que llevamos más de 20 años conviviendo con jóvenes religiosos estudiantes de Filosofía, no suscribiríamos, por ejemplo, la curva que Ayestaran insinúa en p. 234 ss. Sospechamos que se debe a una interpretación de los datos ateniéndose exclusivamente a los números.

Sin embargo, el libro supone un esfuerzo muy meritorio que agradecerán cuantos se dedican a estos temas. Un resultado negativo de un estudio experimental puede tener sumo valor. ¡Cuánto más si aporta elementos positivos valiosos!

A. Roldán

KARL JASPERS, *Psicología de las concepciones del mundo*. Biblioteca Hispánica de Filosofía. Ed. Gredos, Madrid, 1967, 638 pp.

Este libro de la juventud de Jaspers, publicado por vez primera hace unos 30 años, y que reapareció inmutado en 1954, sale ahora en castellano por primera vez, que sepamos. Pertenece a la época en que el autor pasó de la Psiquiatría a la Filosofía, y le sirvió para conseguir una cátedra de Psicología. Esta es la razón del título, aunque en realidad se trate de auténtica Filosofía.

El autor estudia, desde el punto de vista del «sujeto» las *actitudes* del hombre ante el mundo de las ideas (actitud activa, contemplativa, mística...); y, desde el punto de vista del «objeto», las *imágenes del mundo*, o concepciones que los diversos tipos de hombres o

simples pensadores se forman de él (imagen del mundo sensitivo-espacial y animico-cultural; imagen metafísica del mundo...). A estos dos ángulos de visión, que llenan los dos primeros capítulos, añade un tercero complementario —no menos denso—, en el que presenta a los diversos «tipos del espíritu» (es decir: «totalidades intuitivas de la concepción del mundo, que tienen una estructura unitaria», p. 371), siguiendo sus manifestaciones en actitudes e imágenes del mundo.

Para hacer esta síntesis de actitudes, cosmovisiones, y tipos del espíritu, toma el autor como fuentes, de una parte, a algunos filósofos —en su mayor parte de la época reciente, aunque algunos de la época antigua—, como Hegel, Erdmann, Windelmann, Dilthey, Schleiermacher, y algunos griegos; y, de otra parte, a algunas épocas, como la Ilustración, el Humanismo y el Romanticismo. El influjo más decisivo lo reconoce el autor de parte de Kant, Kierkegaard, Nietzsche y Max Weber. Termina el libro con un Apéndice sobre la teoría de las ideas de Kant.

Este valioso libro, de enfoque ciertamente original y de sabor típicamente alemán, hubiera ganado mucho, si en vez de haber sido pensado y escrito con mentalidad germánica, hubiese sido concebido y realizado por algún filósofo de mentalidad latina, con largas horas de exposición al sol y claridad mediterráneas. Viendo su índice, se anima uno a leerlo casi con avidez; pero, iniciada su lectura (máxime si se comienza por su indigesta Introducción de 76 páginas) es posible que falte la paciencia. Yo diría que entre las actitudes mentales que describe Jaspers en el capítulo primero, falta una, precisamente aquella en que el autor se inscribe, y que yo llamaría *actitud mental nebulosa*. Podría caracterizarse como aquella que contempla al objeto y al sujeto envueltos en una espesa bruma, y lejos de intentar disiparla, se instala en ella, gozándose en la deformación espacial que la densa niebla suele conferir al paisaje urbano de las grandes ciudades nórdicas. Al describir Jaspers admirablemente la técnica del pensar escolástico, la especifica como: «El pensar, conforme al principio de contradicción [que] tiene como punto de vista dominante la *exactitud*» (p. 111). Por eso, a todo mediterráneo —que gusta más o menos de ese hábito mental—, no puede menos de disgustarle la lamentable confusión que se observa entre los germanos entre oscuridad y profundidad. Desagrada el pasar páginas y páginas sin saber exactamente el sujeto de quien se dice todo aquello, ni entender el ámbito preciso del predicado que se le atribuye. No es este el momento de extendernos en estas consideraciones, pero con gusto haríamos un cotejo entre las mejores páginas de un filósofo mediterráneo y las de otro centro-europeo. En aquel no costaría mucho encontrar pensamientos profundos —que tal vez nos obliguen a releerlos varias veces para entenderlos (pienso, por ejemplo, en Santo Tomás)—, dichos con palabras claras, sencillas y concretas; en éste, junto a pensamientos profundos, tal vez veríamos que no pocas veces no hay tal profundidad, sino alambicamiento de expresión y vaguedades, o falta de precisión, en el contenido.

Por otra parte, Jaspers es autor que ha dejado huella en todo lo que ha tocado. Su libro de Patología General, con haber sido escrito hace ya muchos años, sigue en los anaqueles de las bibliotecas privadas de los psiquiatras, como libro de consulta; y sus ideas sobre la filosofía existencial, corren parejas con las del máximo exponente actual del Existencialismo. Pero eso no quita el que pueda exigirse una mayor claridad en sus expresiones. Aunque, ...¿es esto posible? La expresión mental como la verbal siguen a la concepción del pensamiento. Quien habla confuso es que concibe confuso; así como quien se expresa con claridad es que concibe claro. ¿No será la estructura de la lengua alemana la causante de todo, supuesto el mutuo influjo del temperamento de un pueblo en la génesis de su lenguaje, y la repercusión de éste en el modo de concebir mental de los individuos?

En una palabra, se trata de un libro de valor, bastante oscuro, aunque, si se logra vencer este obstáculo, puede ofrecer al lector ideas de interés sobre «qué posiciones últimas adopte el alma, qué fuerzas le muevan». Las frecuentes descripciones de *psicotipos* (de actitudes, de técnicas de pensamiento, de autorreflexión activa, de vida del espíritu, de doctrina de la vida, etc.) son de sumo interés en Psicología.

A. Roldán

Y. M. CONGAR, *Aspectos del Ecumenismo*. Traducción del original *Aspects de l'Oecumenisme* (La Pensée Catholique). Estela, Barcelona, 1965, 129 pp.

Lo que interesa en la llana lectura de esta selección de artículos del P. Congar es la claridad y precisión con que el autor trata los problemas ecuménicos.

Quien comience a iniciarse en los temas del Ecumenismo encontrará en este pequeño libro una ayuda valiosísima de primera formación. Y el ya iniciado tendrá ocasión con esta lectura de esclarecer y precisar sus conceptos sobre el tema.

El famoso teólogo dominico, con aquilatada sencillez y técnica pedagógica, nos expone en resumen toda la problemática de las relaciones entre cristianos, abriendo caminos que llevan hacia buen futuro la causa de la unidad.

Es otro mérito considerable de la Editorial Estela, que pone al alcance de los lectores de lengua castellana esta obra del P. Congar.

J. Sánchez-Vaquero

S. MARTINEAU, *Pedagogie de l'oecumenisme*. Institut Supérieur de Pastorale Catéchétique. Editeur MAME, 1965, 415 pp.

El valor ecuménico de la presente obra puede deducirse a priori sabiendo que, por una parte, va precedida de un prólogo redactado por dos personalidades ecuménicas francesas: Mons. C. J. Dumont, Director del Centro ISTINA, y el Pastor Hébert Roux, Encargado de relaciones con el Catolicismo; y por otra, que la autora, Susana Martineau, ha sido llamada como experto por el Secretariado Romano de la unidad.

La «Pedagogie de l'Oecumenisme» no pretende ser una obra de especialista o teólogo, sino aportar una información sobre la incapacidad y dificultades que encuentran los cristianos a la hora de concretar su acción ecuménica. Información preciosa que va dirigida a los pastores y fieles preocupados de la pastoral y la catequesis.

Es un trabajo ordenado según dos puntos esenciales: la BIBLIA y el BAUTISMO, escogidos porque ellos representan un patrimonio común, el terreno de las divergencias y la base de posible unión.

La exposición aporta textos católicos y no católicos (confesiones de fe, liturgias, declaraciones varias...), se enriquece con abundante documentación histórica sobre las principales etapas del diálogo ecuménico y se adorna de notas precisas sobre los grandes nombres del ecumenismo (Beauduin, Soderblom, Paul Couturier...).

Para facilitar una consulta útil, la autora ha colocado al final: una tabla analítica de materias, una cronología de los principales acontecimientos ecuménicos y un vocabulario.

En línea de introducción al ecumenismo, Susanne Martineau ha puesto en manos de los ecumenistas una lúcida y personal reflexión y un conjunto de documentos de gran interés.

J. Sánchez-Vaquero

GUILLERMO FRAILE, O. P., *Historia de la Filosofía*. III. *Del Humanismo a la Ilustración* (siglos xv-xviii). BAC, Madrid, 1966, 1.113 pp.

Un nuevo hito en la labor historiográfica del P. Fraile. El tercer volumen, con 1.113 pp., de su monumental *Historia de la Filosofía* nos acompaña desde hace unos meses. Lo titula: *Del Humanismo a la Ilustración*. Comprende siglos de hervor desmedido, de entusiasmo irrefrenable por el saber. Que no llegan, sin embargo, a cristalizar en grandes sistemas. Sólo dentro del racionalismo que inicia Descartes se intentan síntesis geniales. Pero aún estas no alcanzan plena madurez. Dos de los máximos movimientos culturales de la época, el Renacimiento de los siglos xv y xvi y la Ilustración del xviii —el padre Fraile lo deja bien patente— son más bien pretensiones que logros. Más ambición cultural filosófica que verdadero esfuerzo creador.

En este nuevo volumen el P. Fraile mantiene la línea de altura de los dos anteriores. Con sus grandes méritos y con sus ineludibles deficiencias. En él la directriz de la obra aparece, si cabe, aún más clara. No es ella el resultado del esfuerzo de un especialista que examina, con ojo de biólogo, los tejidos microscópicos de las diversas ideologías. Tampoco es una mera visión general de las distintas direcciones filosóficas sin contacto con los textos. El P. Fraile sigue un camino medio. Y ha realizado y está realizando una obra de *especialista en el movimiento general del pensamiento*.

Como especialista no pierde nunca el contacto con los textos originales. Es esto lo único que garantiza la interpretación fundada de las distintas filosofías. Pero, por otra parte, fija su mirada en la interconexión de los diversos sistemas, sus filiaciones respectivas y sus influjos posteriores.

Predomina, con todo, una visión analítica más que sintética. Algunos de sus estudios son verdaderas monografías que podrían extractarse de la obra en publicación aparte. Subrayamos algunas: *Hacia el dominio de la naturaleza* (cap. VII), *Derecho y Política en el Renacimiento* (cap. VIII), *Baruch Spinoza* (cap. XVI), *La Ilustración en Inglaterra* (cap. XXI), *La Ilustración en España e Italia* (cap. XVI).

Nos ha agradado sobremanera que, frente a otras visiones de la historia de la filosofía, enclenques y raquíticas, que tan sólo ponen atención preferentemente en las partes más abstractas y asepticas de la misma, esta obra dé importancia notable a movimientos culturales como el Renacimiento y Humanismo y exponga detenidamente algo tan vivo y siempre palpitante como el derecho Internacional y las doctrinas políticas. No obstante, aún hubiéramos deseado una ampliación en este sentido. El alma de todo movimiento cultural es la filosofía. De aquí que una historia de la filosofía como ésta debiera dar aún más importancia a los movimientos generales del espíritu. En este sentido las páginas que llevan por título, *Transición* (pp. 473-479) y que son un preámbulo al movimiento racionalista que inicia Renato Descartes, nos parecen insuficientes.

Otro mérito reclama para sí esta obra: el ser un excelente punto de partida para futuros trabajos de investigación. No todo se ha dicho en ella. Pero en ella se da una orientación y unos instrumentos de trabajo que posibilitarán ulteriores investigaciones. Con todo, si la bibliografía, en vez de tan copiosa, fuera más selecta, sería más fácilmente utilizable.

En esta línea de méritos place constatar la decisión que tiene el P. Fraile en poner, en más de una ocasión, las cosas en su punto. Nos referimos a casos como el lamentable de Galileo. De él ha abusado hasta la saciedad el sectarismo antieclesiástico, sin tomar conciencia de que aquella hora señala, no tanto una actitud hostil contra la ciencia, cuanto un bache de la situación cultural del momento histórico. Pero fuera de desear una mayor ponderación de los elementos valiosos del pensamiento moderno, pese a sus fundamentales deficiencias. El juicio en que se afirma que «en Descartes no hay sistema, sino un modo de filosofar, que en definitiva queda reducido a la machacona proclamación de un método» (p. 477), no parece tener en cuenta el influjo que este sistema y este método han ejercido en la marcha del pensamiento europeo. Todavía en el día de hoy el filósofo francés de altura vive en gran parte del pensamiento cartesiano. Algo hondo tiene que haber en ese pensamiento para que atraiga a tantas mentes que aún hoy día regustan de la *idea clara y distinta*.

Colocados ya en esta vertiente negativa constatamos no ser de nuestro gusto las largas listas de autores que se suceden como si se tratase de un elenco bibliográfico. Esto especialmente tiene lugar al reseñar las diversas escuelas dentro de la Escolástica. Hubiera sido más efectivo en una historia como la presente haber seleccionado algunos nombres en los que el pensamiento de una determinada escuela adquiere relieve peculiar. En este sentido lamentamos que al gran comentarista Juan de Santo Tomás se le alenque como uno más, perdido en el frondoso bosque de la escuela tomista. De estos perdidos y difícilmente hallables hay varios otros de especial significación doctrinal. Desearíamos en una segunda edición una perspectiva distinta en este apartado.

Por lo que hace a ciertas interpretaciones doctrinales, tenemos que disentir de algunas. Que se afirme, sin más, ser San Buenaventura hostil a Aristóteles (p. 105), no se puede sostener históricamente sin distingos ni matices. Tampoco nos parece lograda la

visión que se nos da sobre la *Docta ignorantia* del Cardenal Nicolás de Cusa. Y menos aún la vinculación que se establece entre el Cusano y San Buenaventura. De éste nunca se podrá decir que «renuncia a un conocimiento racional y directo de lo trascendente» (p. 170).

Finalmente señalamos que no parece adecuado trasladar a Dante de su curva del siglo XIII al XIV al ambiente del Renacimiento. Desde una historia de las ideas Dante es la síntesis genial literaria de la mentalidad de la Edad Media. Más que preanuncio de problemas filosóficos futuros.

Estas, que en un principio hemos llamado ineludibles deficiencias, no restan mérito sustancial a la inmensa obra que está llevando a feliz término la seriedad intelectual y el trabajo tesonero del P. Fraile. Ya tienen en sus manos nuestros estudiantes —y también los profesores en campos que no sean de su especialidad— un excelente guía en la difícil captación de la vida inquieta del espíritu. Es nuestra máxima aportación a la historia general del pensamiento.

E. Rivera de Ventosa

DUSSEL, ENRIQUE, *Hipótesis para una Historia de la Iglesia en América Latina*. Edit. Estela, Barcelona, 1967, 219 pp.

Nos encontramos ante un ensayo, no ante un manual o síntesis de historia de la América Latina. Su autor que, entre otros trabajos de investigación concreta, va a editar su tesis «El episcopado hispanoamericano y su misión entre los indios (1504-1620)», trata en este ensayo de plantearse dos cuestiones generales: la del método adecuado histórico-teológico para el estudio del fenómeno religioso americano y la de su evolución o periodización. La historia científica de América, que sustituye a las antiguas Crónicas, acaba de nacer. Muchas veces no se acierta a distinguir la Historia de la Iglesia de la Historia simplemente profana: esto ocurre a causa del ángulo interpretativo. Método y periodización son dos portillos abiertos al diálogo, que permitirán la construcción de esa historia compleja por científicos muy diversos.

Dussel se detiene en su introducción metodológica, tanto en el estudio de los elementos teológicos de la estructura de la Iglesia que permiten una reflexión histórica, como en los elementos estructurales socio-filosóficos de las comunidades humanas que permiten comprender las relaciones entre Iglesia y mundo. Desde ese ángulo, analiza el significado profundo de la época colonial, de la independencia y del momento actual. Todo ello se presenta como hipótesis: abundan las sugerencias e intuiciones propicias al diálogo y a la discusión. Como síntesis interpretativa de la Historia americana, ofrece muchos puntos dignos de reflexión, con un juicio equilibrado.

J. Ignacio Tellechea

LOUIS COGNET, *Newman ou la recherche de la vérité*. Desclée, Paris, 1967, 319 pp.

Parece increíble que en nuestros ambientes universitarios la figura señera del Card. Newman no sea más conocida y valorada. Es acreedor a ello porque la mente inquieta del gran Cardenal vive con un siglo de anticipación nuestros mismos problemas universitarios. Por ello se hace tan sugestiva toda información sobre el mismo.

L. Cognet se ha acercado a esta figura extraordinaria de intelectual. El subtítulo del libro parece decirnos las preocupaciones intelectuales del Card. Newman, su búsqueda de la verdad van a ser el tema central del libro. Remeda este subtítulo ciertos estudios sobre San Agustín con quien el Cardenal inglés tiene innegables conexiones. Sufrir, sin embargo, el lector alguna desilusión. El libro se limita a darnos la silueta del Cardenal en las diversas facetas de su vida. Pero sin adentrarse por ninguna con especial relieve. En este sentido tenemos que confesar que se trata de un libro carente de especial significación. Muy bueno para iniciar en el conocimiento de Newman. Pero casi inútil para el ya iniciado.

En once capítulos se va desgranando la vida admirable de esta mente extraordinaria y noble que no anheló en su vida más que ser sincero con su Dios y con su conciencia. Temas preferidos por el autor han sido el ambiente familiar de Newman, sus amistades, su situación dentro de la Iglesia anglicana, su conversión, sus actuaciones y fracasos dentro de la vida católica e inglesa, su adscripción al Oratorio. Finalmente, su vida intelectual como pensador cristiano, como escritor y como hombre de vida interior. Un epílogo sobre el último periodo de su vida cierra esta bella monografía que se lee con fruición e interés. Para dejar suave regusto en el espíritu bastaría recoger el lema puesto sobre su tumba y que resume toda su vida: "*Ex umbris et imaginibus ad veritatem*".

E. Rivera de Ventosa